

ABRIL DE 1953

LOTERIA Nº 143

ÓRGANO DE LA LOTERÍA NACIONAL DE BENEFICENCIA



Definitivamente indagada

DIRECTOR:
RICARDO A. LINCE

REDACTORA:
NELLY E. RICHARD
DE LINCE

APARTADO 1961
PANAMA, R. DE P.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

SUMARIO

	PAG.
INFORMACIONES SOBRE HOSPITALIZACION Y CIRUGIA. --- C. SEGURO SOCIAL	2
EDITORIAL	3
COMO ME LIBRE DE UN COMPLEJO DE INFERIORIDAD	4
Por Elmer Thomas.	
PLEGARIA DEL SEMBRADOR	5
Constancio C. Vigil.	
ENTREVISTA CON SISIFO	6
Luis de Zulueta.	
ENFERMEDADES DE LAS AVES DE CORRAL	7
Silvia McCowen.	
NOTICIAS DE HISTORIA	8
Ernesto J. Castellero R.	
POESIA Y PUNTUACION	10
Alberto Hidalgo.	
SARTRE CAMUS Y LOS PROBLEMAS DE LA REVUELTA	12
Américo Ferrari.	
LA CULTURA ES EL UNICO MEDIO DE HACER PATRIA	13
Santiago Argüello.	
EL PREMIO GONCOURT 1952	14
PADRE NUESTRO	15
Constancio C. Vigil.	
LA EUROPA QUE YO HE VIVIDO	16
Eduardo Zamacois.	
LA PSIQUITRIA EN EL TEATRO	18
Dr. Federico Pascual del Roncal.	
BAR Y COMEDOR	20
ESCRITORES ESPAÑOLES EN EL DESTIERRO: PEDRO SALINAS. 21	
Por José Ramón Arana.	
EL NARCOANALISIS: DROGAS POLICIACAS	23
Por Gregorio Marañón.	
EL PIE EN LA ESPUMA. (Poesía)	25
Stella Sierra.	
EL SECUESTRO DE LA ESTRELLA DE CINE	26
Leonard Gribble.	
NARANJOS	29
Rafael Heliodoro Valle.	
LA PARADOJA DE GANDHI	30

Administración de la
Lotería Nacional de
Beneficencia

•
Gerente

Humberto Leignadier C.

•
Sub-Gerente

Agustín Ferrari

•
Tesorero

Gilberto Medina

•
Jefe de Contabilidad
Heracio Chandeck

•
Secretario

Pablo A. Pinel M.

JUNTA DIRECTIVA DE LA
LOTERIA NACIONAL DE
BENEFICENCIA

•
Sr. Dn. Ricardo Arias Espinosa,
Ministro de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública.

•
Sra. Doña Cecilia Pinel de Remón,
Presidenta de la Cruz Roja Nacional.

•
Sr. Dn. Raúl Arango N.,
Comandante Primer Jefe del Cuerpo de Bomberos.

•
Sr. Dn. Eduardo de Alba,
Gerente del Banco Nacional.

•
Dr. Luis Vallarino,
Director Médico del Hospital Santo Tomás.

•
Sr. Dn. Guillermo De Roux,
Presidente de la Cámara de Comercio.

•
Reverendo Padre Marino Morlin,
Director de la Escuela "Don Bosco".

•
Sr. Dn. Pablo Pinel,
Secretario de la Directiva.

Nota Editorial

Las nuevas medidas del Tránsito

Se ha informado que la Inspección del Tránsito acaba de poner en práctica un plan técnico que divide a la Capital en once zonas de circulación, con el fin principalísimo de suprimir las causas que originan los accidentes de más diaria ocurrencia. Dicho plan técnico ha sido aprobado por la Comandancia de la Policía Nacional y, según los que lo conocen, "se basa en un estudio realizado teniendo en cuenta la estrategia de las calles, la afluencia de carros a las mismas y la frecuencia de accidentes producidos en los distintos sectores". De estas nuevas medidas, que son fruto de una larga y seria experiencia, espera la Inspección General del Tránsito resultados muy eficaces en beneficio de la ciudadanía en general.

Queremos ser los primeros en aplaudir esta nueva reorganización que demuestra muy a las claras la constante preocupación de las autoridades respectivas, por darle a Panamá un tránsito que se desenvuelva dentro de normas técnicas y sujeto a una máxima vigilancia, ya que, como es sabido, en este aspecto y proporcionalmente, nuestra capital es una de las ciudades más congestionadas del mundo. Y queremos aprovechar la oportunidad para señalar, una vez más, ante las autoridades del Tránsito, el viejo y grave problema de los automóviles y autobuses (especialmente de estos últimos), que muy pocas veces hacen caso del "alto" y demás señales de emergencia colocadas al desembocar las calles en las avenidas, y cruzan estos sitios en forma irresponsable, muchas veces a grandes velocidades. En más de una ocasión hemos llamado la atención sobre este problema, desde estas mismas columnas, mas hasta ahora no se le ha dado remedio definitivo y es casi a diario que oímos quejas sobre el particular. Ojalá que, con el plan técnico que acaba de ponerse en práctica, la Inspección General del Tránsito elimine también, de una vez por todas el citado y grave problema.

Las innovaciones que se acaba de introducir al tránsito de la capital indudablemente darán resultados palpables y benéficos, pero serán mayores si la ciudadanía, y especialmente los dueños de vehículos, cooperan estrechamente con la Inspección del Tránsito en tan trascendental labor. Desde estas columnas reclamamos esa cooperación, para bien de todos.

(De "El País")

indagado **Cómo me libré de un Complejo de Inferioridad**

POR

ELMER THOMAS

Senador norteamericano
por Oklahoma.

Cuando tenía quince años de edad me atormentaban constantemente las preocupaciones, los miedos y la falta de naturalidad. Era demasiado alto para mis años y delgado como un fideo. Medía un metro con ochenta y siete centímetros y pesaba únicamente cincuenta y cuatro kilos. A pesar de mi estatura era débil y no podía nunca competir con los otros chicos en el béisbol y las carreras. Se burlaban de mí y me llamaban el "carilargo". Estaba tan preocupado con la gente y rara vez lo hacía, porque mi granja estaba lejos del camino público y rodeada de árboles. Vivíamos a un kilómetro de la carretera y muchas veces transcurría una semana sin que viera a nadie más que a mi padre, mi madre y mis hermanos.

Hubiera sido un fracaso en la vida, si me hubiese dejado vencer por mis preocupaciones y miedos. A todas horas rumiaba acerca de mi cuerpo desgarrado y débil. Apenas podía pensar en otra cosa. Resulta casi imposible describir mi turbación y mi miedo. Mi madre se daba cuenta de mi estado de ánimo. Había sido maestra, y, en una ocasión, me dijo: "Hijo mío, es necesario que te instruyas, porque tendrás que ganarte la vida con tu inteligencia y no con ese cuerpo que será para tí siempre una desventaja".

Como mis padres no podían enviarme a la universidad, comprendí que tendría que abrirme camino por mi cuenta. Me dediqué un invierno a la casa de zarigüeñas, mofetas, visones y vendí las pieles por cuatro dólares al llegar la primavera y compré seguidamente dos lechones. Cebé a los dos animales con desperdicios y maíz y los vendí al llegar el otoño por cuarenta dólares. Con el producto de la venta de los cerdos me fui

al colegio Normal Central, situado en Danville, Indiana. Pagaba un dólar y cuarenta centavos semanales por la comida y otros cincuenta centavos por la habitación. Llevaba una camisa de color castaño oscuro que había hecho mi madre. Mi traje había pertenecido antes a mi padre. Las prendas de mi padre no me venían bien y otro tanto sucedía con los viejos botines que llevaba; eran esos botines con bandas elásticas a los lados que se estiraban cuando se tiraba de ellos. Pero la elasticidad se había agotado hacía tiempo y las botas me sobaban de tal modo que casi se me escapaban al caminar. Me turbaba relacionarme con los demás estudiantes, por lo que me quedaba en mi habitación y trabajaba. El mayor deseo de mi vida era comprarme ropas de confección que me sentaran bien, unas ropas de las que no tuviera que avergonzarme.

Poco después de esto ocurrieron cuatro cosas que me ayudaron a librarme de mis preocupaciones y de mi sensación de inferioridad. Uno de estos acontecimientos me dio valor, esperanza y confianza y cambió completamente el resto de mi vida. Describiré estos acontecimientos brevemente.

Primero: después de asistir al

colegio normal sólo ocho semanas pasé los exámenes y recibí un certificado de tercer grado para enseñar en las escuelas rurales. Este certificado sólo tenía validez por seis meses, pero era la prueba manifiesta de que se tenía confianza en mí; era la primera prueba de esta clase que me daba alguien, si se exceptúa mi madre.

Segundo: una junta escolar rural de una localidad llamada Happy Hollow me contrató para la enseñanza con el salario de dos dólares por día o cuarenta mensuales. Era una nueva prueba de que se tenía confianza en mí.

Tercero: tan pronto como recibí mi primer cheque me compré unas ropas de confección, unas ropas que no me avergonzarían. Si alguien me diera un millón de dólares, no me emocionaría tanto como este primer traje de confección que me costó una cantidad de dólares insignificante.

Cuarto: la verdadera crisis de mi vida, la primera gran victoria en mi lucha contra la turbación y la inferioridad, se produjo en la Feria del Condado de Putnam, que se celebra anualmente en Bainbridge, Indiana. Mi madre me instó a que participara en un concurso de oratoria que iba a desarrollarse en la feria. Para mí, la sola idea resultaba fantástica. No tenía valor para hablar ante una sola persona y menos ante una multitud. Pero mi madre revelaba una fe casi patética. Tenía grandes sueños en relación con mi futuro. Estaba viviendo su propia vida en la de su hijo. Su fe me alentó y participé en el concurso. Elegí un tema que era el menos apropiado para mí: "Las Bellas Artes en Norteamérica". Francamente, cuando comencé a preparar mi discurso, no sabía en qué consistían las bellas artes, pero no importaba, porque mi

auditorio tampoco lo sabía. Aprendí de memoria mi florido discurso y lo ensayé ante los árboles y las vacas un centenar de veces. Tenía tanto afán de quedar bien para satisfacción de mi madre que debí hablar con emoción. En todo caso, me concedieron el primer premio. Estaba asombrado de lo sucedido. La multitud me aplaudió. Los mismos muchachos que antes me habían ridiculizado y llamado carilargo me daban palmadas en la espalda y me decían: "Ya sabía que eres capaz de esto, Elmer". Mi madre me abrazó y lloró. Cuando vuelvo mi mirada hacia el pasado, comprendo que este triunfo cambió mi vida por completo.

Ahora quería instruirme más. Durante los años siguientes distribuí mi tiempo entre la enseñanza

y el estudio. En ese tiempo con sólo 18 años de edad pronuncié ventiocho discursos, instando a los ciudadanos a que votaran por William Jennings Bryan para la Presidencia. La excitación de hablar en favor de Bryan despertó en mí el deseo de intervenir yo mismo en la política.

Después de obtener mi grado de licenciado en De Pauw, seguí el consejo de Horace Greeley, pero no fui al oeste. Me fui al sudoeste. Fui a un nuevo país: Oklahoma. Y desde que Oklahoma y los Territorios Indios se convirtieron en el Estado de Oklahoma el 16 de noviembre de 1907, he sido honrado continuamente por los demócratas de mi país de adopción con designaciones en primer término para el Senado del Estado, después

para el Congreso y, por último, para el Senado de los Estados Unidos.

No he contado esta historia para jactarme de mis realizaciones, que no pueden interesar a nadie. La he contado con la esperanza de renovar el valor y la confianza de algún pobre muchacho que esté sufriendo ahora las preocupaciones, la timidez y la sensación de inferioridad que amargaron mi vida cuando llevaba las ropas desechas por mi padre y los botines que casi se me escapaban de los pies cuando caminaba.

(Nota del editor norteamericano: Es interesante saber que Elmer Thomas, que así se avergonzaba en su juventud de sus ropas, fue declarado después el hombre mejor vestido del Senado de los Estados Unidos).

Plegaria del Sembrador

Por CONSTANCIO C. VIGIL

Es el tiempo de sembrar.

Hombres de las ciudades: id a ver a los que escriben su plegaria al Señor con esa pluma grande del arado, y ver cómo el Señor pone en los rasgos de la escritura sus presentes, como los Reyes Magos en los zapatitos de los niños.

De los granos de tierra saldrán granos de trigo. ¡Ved el parto de la tierra, negra, humilde y hollada sin cesar, frente a la esterilidad de la cumbre altiva y fría!

Mientras se elogia a quienes mucho hablan, gesticulan y cambian la forma y el sitio de las cosas, pocos recuerdan a los que siembran el trigo que convertido en pan ha de saciar el hambre de la especie.

Su plegaria es grata a Dios. Primero es tierra labrada; después, esmeralda; después, oro; después, armiño; después, alegría y paz en los hogares.

Andando el sembrador halla una piedra que no puede remover. Bajo ella, la tierra queda estéril y se

convierte en refugio de seres dañinos.

Y piensa: Así la mano del hombre suelo posarse, fría y dura, sobre un pueblo o una época.

Luego, encuentra un hoyo, y dice: La tierra me pregunta por quienes de ella se alejaron con los bolsillos llenos y andan por ahí borrachos de artificio y disfrazados.

¿Vendrán por sí o esperarán que los traigan?

Sólo en ella, vivos o muertos, tendrán paz.

Y el otro sembrador dice: Ya mi tierra está arada y rastrillada; ya mi tierra está pronta para la germinación. ¡Cae, bendita simiente!... Amo a todos los hombres y para todos siembro. Yo no quiero saber quién comerá mi trigo.

Unos días más y, en vez de entregar mi siembra, pondrán mi cuerpo entero bajo tierra. ¡Qué él también sirva de algo, hermanos míos, y nutra aunque sea una flor en que descansa un segundo vuestra vista.

Sembrad, igual que yo, cuantos amáis la verdad, la belleza y la justicia, y tendréis la alegría de la buena cosecha. Aunque sea vuestra era los siglos, y vuestra troje el mundo, a vosotros os quedará la paz de la obra bien y hasta las piedras del campo os quedarán alimentar.

Por fin la hora del descanso llega y el sembrador de la buena palabra se pierde en la oscuridad, como en su choza aquel que siembra trigo. Su boca, seca de sed; sus pies, pesados de barro; sus manos, sarmientos secos. A veces, a mitad de la noche siente frío; pero olvidado de sí, percibe en aquel silencio que lo envuelve la angustia de los otros sembradores que se afanan como él cada jornada, y quisiera consolarlos y alentarlos, y les dice: El amor de los buenos os acompañe, ¡oh, escritores y artistas, curadores del hambre del espíritu, pintores y escultores de la mágica espiga de la belleza, músicos de la canción fortificante, forjadores del verbo que entra en todos y de todos es comprendido y alabado!

ENTREVISTA CON SISIFO

POR
LUIS DE ZULUETA

Este es un libro corto en palabras —las que caben en sus escasas ochenta páginas— pero extenso en perspectivas y sugerencias. Casi sin proponérselo, le presenta al lector el problema de la nueva generación alemana y aún el de la juventud actual en el mundo entero.

Me lo ha enviado un artista alemán, Hann Trier, quien desde hace algunos meses reside en Colombia; pintor que domina la técnica moderna y, sobre todo, posee lo que es el alma de la técnica. El autor del breve volumen, Albrecht Fabri, es un crítico de arte del que también cabría decir que encarna en sus conceptos el alma de la crítica. Título de la obra: "Interview mit Sisyphos". "Entreviú con Sísifo".

Sísifo está de moda. Es aquel personaje mitológico obligado a empujar con inmensa fatiga un peñasco hasta llevarlo a lo alto del monte. Llegado allí la roca volvía a caer, y Sísifo tenía que recommenzar una y otra vez la penosa tarea.

Después de la primera guerra mundial, el Sísifo anónimo, el soldado desconocido, sudando sangre había llevado el peñasco hasta la cumbre. Ya aquella habría sido la última de las guerras. Se esperaba una era de paz y de libertad. Pero, al poco tiempo, la piedra rodaba de nuevo al abismo. Tuvo Sísifo que empezar otra vez. Al fin...! Rendición incondicional de Italia, de Alemania, del Japón. El peñasco está en la altura, en la cima de las Naciones Unidas. Es-

tá y no está. Porque, sin llegar apenas, se precipita hasta lo más hondo con la amenaza de una tercera guerra; Animo Sísifo, nueva generación, la tarea principia ahora!

De Albert Camus, de quien se ha dicho que es la conciencia de la actual juventud francesa, lei hace tiempo esta frase: "Hay que imaginar a Sísifo feliz". Feliz —¿por qué no?— si el hombre cifra su dicha no en llegar sino en avanzar; no en el reposo sino en la acción; no en la posada sino en el camino; no en el éxito sino en el mérito; no en el hallazgo sino en la búsqueda; no en poder sino en el deber; no en el día de hoy sino en la aurora de mañana; no en la flecha inmóvil en el blanco sino en la flecha volando en el aire; no en el fruto logrado sino en la semilla echada en el surco.

A la voz del escritor francés responde ahora, sin saberlo acaso, la voz de este escritor alemán. Coinciden ambos en la moral del esfuerzo. Una y otra vez llevó Alemania hasta la cúspide el bloque de acero de la conquista y le poderío. Era la pobre moral del triunfo. Y una y otra vez la mole cayó en la hondonada. Ahora hay que impeler de nuevo hacia arriba no el bloque guerrero sino en sillar de las construcciones pacíficas. Comienza la subida, joven Sísifo. Es preciso renunciar al culto a la fuerza para consagrarse al culto al esfuerzo. Contra la fuerza que oprime, el esfuerzo que libera. Y no con ánimo resignado sino con el corazón alegre.

Resignarse es poco. "Llegar al puerto presupone resignarse", dice Sísifo en su entrevista con Fabri. "Sólo puede llegar quien arria las velas".

"Los quietistas!", exclama también Sísifo con desdén. "Sobre mi piedra no es posible sentarse". La película de la historia pasa rápi-

damente en grandes ascensiones y caídas. "Ahora, Tebas; ahora, Micenas; ahora Olimpia; ahora Chartres... El espíritu construye, pero no habita en sus construcciones. Quien después mora en ellas es siempre la pereza".

"En lo espiritual, la pena y la dicha son inseparables, porque es ley del espíritu no poder producir nada que no exija una nueva producción. Mi piedra rueda, afirma Sísifo, y detenerla equivaldría a detener el espíritu mismo".

Este es para Albrecht Fabri el sentido de la vida. Y un sentido análogo da también a la crítica de arte y a la crítica en general. "Mañana espero encontrar de nuevo a Sísifo —escribe al final de la entrevista— en el taller de algún pintor amigo".

En realidad, la crítica es un ejercicio mental del que especialmente necesita hoy el mundo. Los acontecimientos se precipitan como una catarata; nunca pasaron, buenas o malas, cosas tan grandes como las de este siglo; pero falta la reflexión sobre lo que está ocurriendo. En una carta de Nueva York recién publicada en estas mismas columnas leíamos que el ciudadano americano —el hombre moderno podría decirse— era, a la vez, el mejor informado sobre los acontecimientos del mundo y el que ideas menos claras tenía sobre ellos. Decididamente, falta la crítica.

La crítica, según la teoría del autor de la "Interview con Sísifo", debe ser severa. No ha de señalar los aciertos sino más bien los defectos de una obra. No lo logrado sino lo frustrado. Lo bueno hay que darlo por supuesto. Toda producción, toda creación espiritual debe ser buena. La gente se engaña al creer que de lo que merece hablarse es de lo perfecto. Lo perfecto es, por definición aquello que nada nos deja qué desear, ni qué

realizar. Provoca sólo una interjección admirativa. ¿Qué tiene que hacer así Sísifo?

La función de la crítica ante una obra, una acción, o un acaecimiento mundial, consiste en averiguar y entender cuál fue la intención que le dió vida, la aspiración de sus autores, y en comprobar hasta qué punto y de qué manera consiguieron llevar su intento a la realidad. "La crítica productiva es difícil", opinaba Goethe. "Esta crítica se pregunta: ¿Cuál fue el propósito del autor? ¿Era este propósito razonable? ¿En qué medida ha logrado ejecutarlo?"

También para la crítica rige la moral del esfuerzo. Lo fácil fue

siempre corruptor; lo cómodo fue siempre inferior. Pero, ante la tremenda crisis de nuestro tiempo, facilidad y comodidad son peores que nunca y se convierten en pecados capitales... Ahora sí que, como decíamos antaño, la juventud ha de ser la edad heroica!

Lo opuesto al mito de Sísifo es la fábula de Jauja. Un país en que el trabajo es superfluo y el ocio es continuo porque los ricos manjares llueven de las nubes y los vestidos nuevos penden de los árboles, constituye el sueño de las voluntades endebles y la utopía de las almas bajas.

Cómo le repugna al intérprete de Sísifo esa blanda visión de Jau-

ja, la tierra de la modorra, la patria del aburrimiento! "Palomas que caen asadas en la boca son el más seguro medio de provocar la aversión hacia las palomas asadas".

Pescados sin espinas, aves que se quedan quietas esperando a que el cazador las coja con la mano... Ese ensueño es una pesadilla. Donde no hay fatiga no hay recompensa. Donde no existe la gravitación no existe el vuelo. El vuelo, la ligereza no proviene del mago sino del bailarín...

¿"Jauja?", concluye Fabri; "mar sin olas, leones que comen yerba"... "En verdad, yo padecería hambre en Jauja".

Enfermedades de las Aves de Corral

POR SYLVIA McCOWEN

Las enfermedades han causado pérdidas muy grandes en la población avícola, debido a las condiciones rústicas en que viven, la mala alimentación, poca higiene, deficiencia en los alojamientos y gallineros, presentándose por lo consiguiente fuertes brotes con frecuencia de Newcastle, Cólera Aviar, Viruela, etc. etc.

La Newcastle se caracteriza por trastornos nerviosos, respiratorios y digestivos. Por su elevada contagiosidad se presenta de improviso y se disemina rápidamente; su causa es un virus. La sintamología de la enfermedad es parecida a la del Cólera Aviar y es imposible diferenciarla mediante la autopsia. Es necesario recurrir al laboratorio.

La manera de infectarse puede ser por agua, alimentos, exudados de animales o aves contaminadas, lo mismo que vísceras de gallinas o animales muertos. También son portadores del virus, los animales, objetos o personas que hayan estado en contacto con gallineros o animales infectados.

No hay medicamento o tratamiento curativo y la única manera de proteger a las aves es por medio de la inmunización conferida por la vacunación preventiva.

El Cólera Aviar o Higadón es causado por un bacilo *Pasteurella avisepticus*. También es fatal y no existe tratamiento efectivo. La prevención es por medio de la vacunación preventiva en forma subcutánea y se debe revacunar cada 6 meses.

La Viruela Aviar (bubas) es otra enfermedad grave y muy común en este país. No es tan fatal pero causa bajas en la producción de huevos y después de un brote quedan muchos animales inhabi-

litados. Para evitar que se presente esta enfermedad, se debe hacer vacunación preventiva, con vacuna virus vivo o virus muerto.

La Diarrea Blanca Bacilar o Pullorum (bicho) mata muchos pollitos durante la primera semana de edad y se encuentra bastante infección en los campos. Para controlar esta enfermedad se puede probar la sangre de las gallinas y reproductores con antígeno, saliendo de los animales que den resultado positivo.

La Coccidiosis es causada por parásitos microscópicos que atacan a los pollos de 3 semanas hasta 4 meses de edad y puede causar alta mortalidad o debilitamiento. Los pollos se infectan por medio de corrales o gallineros contagiados. El tratamiento se hace por medio de sulfas, como Sulfametazina. Un síntoma característico de esta enfermedad es la aparición de sangre en las deyecciones.

Muchas aves sufren de Moquillo (gargarizo) especialmente en los sitios ardientes y templados. Su tratamiento es difícil y su prevención consiste en suficiente ventilación en el gallinero y comida balanceada, respecto a proteínas y vitaminas en general.

En estos climas los animales se infectan con mucha frecuencia, de parásitos intestinales y externos. Su control se hace por medio de vermífugos como la Fenotiazina para los intestinos, e insecticidas como Sulfato de Nicotina y Petróleo para los externos.

En conclusión, la higiene estricta y el empleo de vacunas preventivas aplicadas con anticipación, mantienen las aves en condiciones de buena salud.

Noticias de Historia

POR ERNESTO J. CASTILLERO R.

El gobierno de la Argentina demoró cuatro meses y medio para impartir su reconocimiento a la República de Panamá, habiendo declarado su Ministro de Relaciones Exteriores, señor Terry, al Ministro Mr. John Barrett, de los Estados Unidos, el 19 de enero de 1904, lo siguiente: "La actitud de la Argentina sobre el reconocimiento de la República de Panamá, es favorable, con espíritu bondadoso para los Estados Unidos. La demora en el reconocimiento solo se debe a consideraciones técnicas. Se espera que el A.B.C. proceda junto a entrar en relaciones con el nuevo país".

El ABC es la sigla con que se distinguía la alianza de Argentina, Brasil y Chile, a principios de siglo.

En 1904 se encontraba en Buenos Aires con el carácter de Agente Confidencial de la República de Panamá el escritor panameño Darío Herrera. La Junta de Gobierno de Panamá lo retiró el 5 de febrero, mediante el siguiente cablegrama: "Cese en sus funciones y suspenda negociaciones para el reconocimiento".

No fue hasta un mes más tarde, el 3 de marzo, para ser más precisos, que tanto la Argentina como Chile y el Brasil entraron en relaciones oficiales con la República de Panamá.

El pabellón panameño, creación del Prócer, don Manuel E. Amador, surgió de su inspiración el día 29 de octubre de 1903, cuando él trazó sin premeditación los lineamientos definitivos del mismo. Tal se desprende de las propias palabras del autor y de doña María Ossa de Amador, que fue la dama a quien se encomendó la tarea de confeccionar en tela la primera Bandera Nacional. Esta fue cosida el 19 de noviembre siguiente.

De manera, pues, que antes de proclamarse la República de Panamá.

En 1828 la oficialidad de la fragata de guerra "Pichincha", anclada en aguas taboganas, quiso cumplimentar a la juventud femenina isleña con un baile a bordo. En medio del alegre festivo, parte de la tripulación del barco embriagada se amotinó y quiso levar anclas llevándose a los concurrentes. Hubo una refriega a bordo y las bellas y asustadas damitas de Taboga pudieron escapar del buque en un solo bote, con peligro de perecer ahogadas. La fragata no amaneció a la vista.

La Plaza de Santa Ana, arreglada para punto de reunión pública del pueblo arrabaleño, fue inaugurada el 28 de noviembre de 1892, y llevó la palabra en el acto el Dr. Carlos A. Mendoza, tribuno e ilustre hijo del popular barrio.

En carta de Franklin D. Roosevelt, Presidente tres veces de los Estados Unidos, para el Presidente de Panamá, Ricardo Adolfo de la Guardia, manifestó en 1943 lo siguiente sobre nuestro país: "Aprécio en lo más profundo la ayuda que Panamá ha prestado al conflicto en el cual nuestros dos países están cooperando con los demás pueblos libres del orbe. El Canal de Panamá constituye uno de los medios más eficaces para promover nuestra causa común. El pueblo de Panamá ha aceptado vivamente los sacrificios, los riesgos y los peligros consiguientes, no sólo como aliado en la grande lucha mundial, sino también como socio en la defensa del Canal de Panamá. Aún las exigencias de esta guerra cruel, que ha adquirido caracteres generales al extremo de que envuelve no solo a las fuerzas armadas de todos los países participantes, sino también a

las poblaciones civiles en emergencias inimaginables, no pueden excusar ni perdonar actos que se cometan en detrimento de los deberes soberanos de una nación independiente".

Muchas personas nos han preguntado con interés si el nombre del célebre Cacique veragüense URRACA, es palabra grave o aguda como la generalidad de los nombres geográficos o de personas indígenas. Un reputado historiador nacional ha dicha insistentemente Urracá al referirse al rebelde indio que defendió con valentía y perseverancia la independencia de su pueblo. La verdad es que todos los cronistas de la conquista dicen Urraca y no Urracá, y grave debe ser, por eso, el nombre del invicto caudillo.

El jueves, 12 de agosto de 1855, se inauguró el servicio telegráfico entre las ciudades de Panamá y Colón, siendo éste el primer telégrafo que se construyera en América para comunicar las costas de los dos océanos. Su instalación, iniciada el 18 de julio de 1855, duró trece meses, casi.

El baile del tamborito se diferencia del baile corriente, llamado "de cuerda" (que ya no es sino de sonidos de instrumentos metálicos), en que en el segundo puede bailar toda la concurrencia por parejas abrazadas y en los pasos el hombre lleva la iniciativa, seguido siempre en las evoluciones por la mujer, en tanto que en el primero sólo sale a bailar una pareja que no se toca y la mujer es la que lleva la iniciativa de las evoluciones, debiendo el hombre seguirla en éstas, conservando el compás de la danza. La música, además del canto, consiste en so-

nidos de tambores, instrumentos que, como dice un humorista, "se temple a pedradas y se toca a trompadas".

* * *

El 28 de enero de 1671, cuando se efectuó la toma de Panamá la Vieja por el pirata Morgan, fue MIERCOLES.

* * *

La primera escuela elemental oficial para el sexo femenino que fue fundada en Panamá, la decretó el 5 de octubre de 1835 la Cámara Provincial para niñas de 6 a 12 años de edad, quienes debían aprender doctrina cristiana, gramática castellana, ortografía, aritmética, historia, geografía, costura y bordado. La iniciativa de fundar este plantel fue del Dr. Manuel José Hurtado, quien se encontraba al frente de la Gobernación. El nombre que recibió la escuela fue Instituto de Las Mercedes, y abrió sus puertas en noviembre de 1836 en el Barrio de San Felipe. Su primera directora se llamó doña Bartola Herrera.

* * *

El ingeniero francés Julio Dingler, Director General de las obras del Canal de 1883 a 1885, se hizo construir por la Compañía del Canal en la falda del cerro Ancón una lujosa mansión al costo no despreciable de \$125.000. Dingler tuvo que abandonarla después de su tragedia familiar. El gobierno colombiano la usó como Hospital Militar y los americanos la dedicaron después de 1904 a Cuarentena. En febrero de 1910 fue vendida por éstos en la suma de \$525.00. El pueblo llamaba al chalet "La locura de Dingler".

* * *

Santa Francisca Cabrini, primera ciudadana de los Estados Unidos que ha merecido el honor de los altares, comunmente conocida por Madre Cabrini, nació en Lombardía (Italia) en 1850 y se trasladó a los Estados Unidos en 1889, adoptando la ciudadanía de ese país. Entre 1896 y 1900 en que

funcionó en Panamá el Colegio del Sagrado Corazón regentado por monjas francesas, la Madre Cabrini, hoy venerada como Santa, vino al Istmo y prestó transitoriamente servicio como profesora en el mencionado plantel. Existen aún varias damas panameñas que recuerdan a la Santa.

* * *

Con el nombre de Isla de las Flores no denominaron los descubridores españoles a la isla de Taboga, a la cual se la llama así hoy, sino a la que conocemos como Isla del Rey, del Archipiélago de las Perlas, en el Golfo de Panamá.

* * *

Por Resolución de fecha 2 de junio de 1894 expedida por la Asamblea Legislativa del Departamento de Panamá, y que lleva la firma de don Aristides Arjona como Presidente y don Ramón Valdés López como Secretario, el Municipio de Panamá fue puesto oficialmente bajo el patrocinio del Sagrado Corazón de Jesús.

* * *

Antes de 1851 el servicio de policía fue voluntario o forzoso, prestado por jóvenes de la ciudad que cumplían esa misión de orden seis veces al año. El 24 de octubre de 1851 se dictó una Ordenanza legislativa creando un cuerpo de Agentes de Policía con el sueldo de \$30 mensuales. Se les puso para distinguirlos un uniforme consistente en una chaqueta azul y un gorro que tenía inscrita la palabra "Policía". Su primer Comandante y organizador fue Fernando Espinar, quien tenía bajo sus órdenes a un primero y un segundo Ayudante.

* * *

El 14 de noviembre de 1884, la Legislativa del Estado de Panamá aprobó el establecimiento de un servicio telefónico en la ciudad, a cargo del señor Edward J. Ward.

* * *

A los habitantes autóctonos de América se nos llamó Indios por

los españoles, partiendo de la errónea creencia de que las tierras de este continente hacían parte de la India asiática buscada por Cristóbal Colón.

* * *

Después de 45 años de pasada la revolución secesionista de 1903, el gobierno de Panamá hizo promociones en el ejército nacional inexistente. El 5 de noviembre de 1948, en efecto, decretó un generalato y se aceptaron nuevos soldados de la Independencia, que no figuraban en el Escalafón Militar Oficial. Tales cosas constan en la Gaceta Oficial No. 10.758.

* * *

En 1853 pasaron por el Istmo de un mar a otro, 20.680 pasajeros, y fueron conducidos por la misma ruta \$51.877.785 en oro. La mayor parte de esta suma, \$42.627.352 procedía de California. Estaba en su apogeo la explotación de "El Dorado".

En los primeros veinte años, de 1848 a 1869, el tránsito del Atlántico al Pacífico alcanzó a 372.615 pasajeros, y en sentido contrario, a 223.716. El oro transportado por el Istmo en igual lapso fue de \$710.753.857. Parte del transporte se hizo en el ferrocarril de Panamá, ya construido en su totalidad desde 1855.

* * *

El Archipiélago de Las Perlas, en el Golfo de Panamá, está constituido por 144 islotes y 39 islas, la mayor de las cuales, la Isla del Rey, bautizada por Pedrarias Isla de las Flores (nombre que no subsistió) y llamada por los naturales Isla de Terarequi, tiene 15 millas y media de largo y media milla de ancho, lo que da una área de 32 kilómetros cuadrados.

* * *

Panamá es el nombre de un sombrero famoso en el mundo entero, hecho del cogollo de una palma americana, cuya manufactura se realiza en Colombia y Ecuador. Los más apreciados son los procedentes de Jipijapa, un pueblo del último país.



Poesía

y

Puntuación

La mayor parte de los libros de versos que se publican en Francia, en estos momentos, ofrece, en el campo de lo puramente visual, un espectáculo al que no están acostumbrados nuestros lectores corrientes: la supresión absoluta de la puntuación. El procedimiento, si bien es perfectamente usado por la gente de vanguardia, no comporta una norma escolástica, una diferenciación estética, pues lo emplean hombres de todas las tendencias, poetas de izquierda y de derecha, versolibristas y autores todavía afiliados al verso métrico, con musiquita por adentro y consonantes en las puntas, es decir, a esa basurilla de la poética anterior, la del ritmo y la rima, definitivamente soterrada.

Tengo a la vista volúmenes enteros de sonetos — o sea de la forma más artificiosa y falsa de cuantas se conocen — donde no hay un solo punto ni una sola coma, lo cual es suficiente para darse cuenta de hasta qué sectores alcanza la revolucionaria práctica.

Esta no es, tampoco, según podría suponerse, del todo moderna. La inició hace más de ochenta años, Mallarmé, y la puso de moda, hace más de cuarenta, Guillaume Apollinaire, pontífice supremo de todas las escuelas posteriores al simbolismo, a quien quizá por esto, Picasso retrató vestido como un papa auténtico, empuñando el cetro y sentado en su gran trono de oro en el invisible, pero realísimo, Vaticano de la Poesía. No se limitó Apollinaire a seguir mudamente en eso a Mallarmé, sino que consideró el sistema como parte integrante de la estética nueva, teorizando sobre él en carta dirigida en 1913 a su amigo Martineau, publicada, según refe-

Por Alberto Hidalgo

rencias, pues no la conozco, por la revista *El Diván*, en 1938.

Esta circunstancia, el desconocimiento de las razones en que se apoyó el autor de *Alcools* para aconsejar la abolición de la puntuación, no puede obstaculizar que yo, adherido para siempre al método, predique sus excelencias, con riesgo de coincidir, sin saberlo, con los puntos de vista expuestos por ese mártir de la otra Gran Guerra, el creador admirable de *El Poeta Asesinado*.

Quando se relaciona con la presentación gráfica del poema ha preocupado siempre a los poetas, aun a los más antiguos, induciendo a algunos a emprender extraordinarios prodigios arquitectónicos con los versos, en relación con el material tipográfico. Recuerdo haber leído que ya, en los siglos XIII y XIV finos poetas italianos se complacían en dar a sus elucubraciones formas objetivas acomodadas al tema en ellas desarrollado: de corazón, si el canto era de amor; de botín, si aludía a un delicado pie femenino. Y fué precisamente Apollinaire quien más tarde habría de hacer de esos juegos formales — a los que dió el nombre de caligramas, con que ahora se les conoce — capítulo singular, y muy estimado, de su producción. Tiempo hubo en que la disposi-

ción de los versos estaba acordada a sus proporciones métricas: los de medida corta con que se alternaba los de medida amplia de una composición iban debajo de éstos, pero más o menos hacia el centro, como queriéndose destacar ante el lector la modificación del ritmo:

“Padre y maestro mágico, liróforo
[celeste
que al pensamiento olímpico y a la
[siringa agreste
diste tu acento encantador.
(Rubén Darío)”.

Se quebraba el verso, transcribiéndolo en dos líneas, para marcar la imagen, aun con peligro de que parecieran dos versos:

“Bien recuerdan las calles
que fueron campo un día.
(Jorge Luis Borges)”.

Se lo escribía en pendiente, con el fin de ilustrar tipográficamente la metáfora:

“Para subir a la torre Eiffel
se trepa por una canción

do
re
ni
fa
sol
la
si
do

Ya estamos arriba.
(Vicente Huidobro)”.

Varias otras innovaciones de orden visual han sido hechas, pero la más razonable y con más atributos de perdurabilidad es seguramente la que decreta la supresión de la puntuación, pues es la que menos responde a inquietudes externas y superficiales y sí más a la concepción misma de la poesía. Esta, la poesía, tiende a despojarse de lo accesorio y decorativo, de cuanto no es ella exclusivamente y, en particular, de cuanto otras disciplinas del espíritu le han prestado. Así, se ha desprendido del metro y de la rima, que son elementos musicales y no poéticos, y quiere desprenderse del punto, de la coma, del signo de admiración, y hasta del de interrogación (aunque este último parece imprescindible, a causa de la pobreza inflexible de los idiomas y en espe-

cial del castellano, el más indigente entre todos los de Europa) Esas marcas o señales no son sino muletas en que se apoya el lector indocto para comprender, y la poesía no puede proporcionarlas porque sencillamente no ejerce funciones ortopédicas.

Sandío y demostrativo de poca confianza en lo que se dice es el recurrir a los puntos suspensivos para atrapar o hacer más aguda la emoción del leyente. No hacen falta garabatos especiales para darse cuenta de que el poeta clama y aún, acaso, de que pregunta, excepto en el castellano, para lo último, por no haber sabido salvarse de la degeneración gramatical impuesta por el uso, al admitir que las frases interrogativas no se diferencien de las afirmativas en el orden en que sus vocablos se escriben.

Reproduzco una estrofa pródiga de enumeraciones y complementos y, por eso misma, de suma utilidad para la probanza de mi tesis, ahuyentándole los signos de puntuación que, por supuesto, tienen en el original, para que se advierta cómo ellos son innecesarios, pues las palabras entregan por sí solas cuanto el poeta les encomendó:

"Norte mástil estrella permaneces
[tan mía
Tan mía en la distancia situada en
[cualquier punto

Que en esta noche trepa la ansiedad de gozarte
A la entraña salvaje de amor en [que me inundo
Hoy como nunca amada quisiera [estar contigo
Moviéndome en la playa de tus [ojos tan juntos
Que mi sangre y tu sangre corrieran tan mezcladas
Como si fueran ambas una raíz del [mundo

(Gilberto González y Contreras)".

Esta posición o procedimiento está sustentada, además, en razones de la más evidente congruencia. Cuando se lee en voz alta un poema, no se pronuncian los puntos ni las comas e igual acaece, si se extrema la observación, cuando se lo lee en silencio. Para que se les emitiera sería preciso echar mano a las prácticas del alfabeto Morse. En éste, existen los signos correspondientes al punto y los telegalistas se los transmiten, pero al transcribir los mensajes al papel para enviarlos a sus destinatarios, en vez del signo mismo (el punto) escriben la palabra que lo expresa. De allí, esos curiosos textos de los telegramas que muchas veces provocan risa: "Papá enfermo nunto Mamá desconsolada punto Gira sin demora punto muchos cariños nunto", etcétera. Tal abundamiento de la objetivización no tiene otra finalidad que la de evitar toda posible confusión; es, en postrera instancia, una muleta pa-

ra los cojos probables. A la poesía no le importa que los lectores se confundan y, en ocasiones, sale ganando con ello, pues de la confusión, del hecho de juntar una palabra o un concepto de un período con la palabra o el concepto de otro período suele surgir la maravilla de una imagen insospechada, de una belleza inédita.

Podrá inquirirse por qué no se suprime también la puntuación en la prosa, mas la respuesta es fácil. La prosa es una herramienta de la inteligencia para exonerar ideas, deseos, sentimientos, y la puntuación le es necesaria para que sus manifestaciones se canalicen sin peligro de enredos o turbiedades, o sea para que la prosa sea prontamente entendida. La prosa pertenece a la literatura, mientras la poesía nada tiene que ver con la literatura y no hace falta que se la entienda, más todavía, es urgente que no se la entienda.

Por otro lado, la poesía es un don no sólo de quienes la crean sino también de quienes la gozan leyéndola, todos los cuales, éstos y aquéllos, son en cierta manera unos "iniciados"; es decir, gente que sabe sus secretos y, por lo tanto, no requiere andadores, ayudas, porteros ni pies postizos para moverse dentro de sus palacios de milagro.

¡Al diablo con la puntuación!

En general, Esencia es el principio en ínsito en una cosa, que la determina y separa de las demás; por la otra parte. Existencia es lo que se para a la cosa de la nada, lo que de tal modo la asocia con las demás cristentes,...

JUAN WILD

Está América nada pide para sí, excepto aquello que tiene derecho a pedir para la humanidad misma.

WOODDROW WILSON

Sartre Camus

y los Problemas de la Revuelta

Por AMERICO FERRARI

La ruptura de relaciones entre Jean Paul Sartre y Albert Camus, ha venido a marcar, con la impresión consecuente que el hecho produjo entre los círculos literarios, el punto culminante, si no final, en la ya bastante larga trayectoria de agitada polémica que había suscitado, desde meses atrás, la publicación del último libro del autor de "El Estado de Sitio". El curso de la polémica que, desde André Breton hasta Sartre, hizo saltar a la palestra a más de un escritor de nota, fué por cierto bastante agitado, aunque de ningún modo obscuro. Y no es de extrañar que, dada la amplitud del sujeto tratado por Camus en "L'Homme Révolté", las peripecias de la discusión hayan servido, más que para dejar completamente esclarecidos los arduos problemas agitados en relación con los puntos planteados por Camus, para dar más bien, un punto de apoyo a la reafirmación de posiciones preestablecidas. En todo caso, el hecho es que si el libro ha promovido escándalo, no es muy verosímil que los resultados de tal escándalo beneficien mucho el prestigio de Camus que, al decir de sus contrincantes — o de algunos de ellos, al menos — "reniega" su antigua posición de "révolté", en perpetua y agónica lucha contra la estructura total de la sociedad, al pre-

dicar una "revuelta con mesura"!; aunque es difícil, pensamos nosotros, de limitar hasta qué punto Camus ha renegado su posición primera. Nos parece evidente que una serie de premisas de "L'Homme Révolté" son la coronación de una trayectoria que entronca con ciertos postulados sobre la revuelta, que se encuentran ya en obras como "La Peste", por ejemplo; sea como fuere, lo cierto es que de hecho y sin ninguna especie de transición, el célebre escritor francés se convirtió en el objeto de un fuego nutrido que concentraban sobre él escritores de las más diversas tendencias.

El último en abrir el fuego o, si se quiere, en responder a él, fué Jean Paul Sartre; y el desenlace fué tanto más imprevisto cuanto que, pese a la seria diferencia de orientación en la obra de los dos escritores, ciertas afinidades en la apreciación por lo menos de fenómenos aislados, permitían esperar menos brusco resultado. Sartre mismo lo reconoce y hace entender, o sobrentender, que lo sienten.

--

Remontemos objetivamente el curso de los acontecimientos. El motivo de la ruptura a primera vista aparece más bien trivial, y quizás sea necesario invocar, para explicar las cosas, causas más profundas que las que inmediatamente aparecieron como decisivas; he aquí, de todos modos, los datos elementales del asunto: Jeanson publica en "Les Temps Modernes", revista dirigida por Sartre, un artículo en el que, con cierta dureza, critica las posiciones de Camus; éste responde con acritud en una carta secamente dirigida a

"Monsieur le Directeur", por lo demás no exenta de retórica; y para rematar semejante intercambio de cortesías, Sartre replica con una carta nada retórica pero sí muy clara, en la que pone sobre las íes los puntos que él reprocha al autor de "La peste" haberse comido. "Dónde está Sísifo, Camus?", pregunta el creador del existencialismo, y a través de todo el artículo subyace una pregunta obsesiva: Dónde está la rebelión de antaño? Hay un hecho fundamental, y es que Sartre, más que contra el fondo mismo del libro de Camus, parece dirigir sus golpes contra la reacción de este último ante las críticas que le fueron hechas. En efecto, lo que se ha reprochado vivamente a Camus, sobre todo a raíz del incidente promovido por la polémica de "Les Temps Modernes", es su negación, su rechazo de la crítica.

Pero hay algo más. André Breton ha afirmado últimamente que la revuelta contra la "realidad" es, en el poeta, constitucional, y "pese a los no poetas como el Sr. Albert Camus, incondicional". Es en última instancia evidente que el fondo de toda la cuestión radica en la formulación de la revuelta condicionada, limitada o mesurada que predica Camus. "Todos pueden revivir, en efecto, cerca de los sacrificados de 1905, pero a condición de comprender que se corrigen los unos a los otros, y que un límite, en el sol, los detiene a todos". Con esta afirmación de resignación ante lo infranqueable acaba "L'Homme Révolté"; es claro que Breton tiene derecho a protestar, porque es poeta y porque ha sido siempre el heraldo de la revuelta absoluta, incondicional y desmesurada. Pero Sartre no es poeta, y sabe, y se apresura a dejarlo sentado, cuando declara que él es burgués, y Camus también. Aquí acaba una polémica literaria y comienza una confesión. Somos igualmente burgueses, igualmente el producto de una sociedad donde toda revuelta es repélida a la sombra: sólo que yo admito, y tú no. ¿por qué hacerte pasar por lo que no eres? Es éste, poco más o menos, el sentido de la actitud de Sartre. Salvando lo precario inherente a toda comparación, podría pensarse que Sartre trata de apa-

recer frente a Camus, como el cínico frente al retórico...

Pero el burgués Sartre se inclina cada vez más del lado de Moscú... Y deben de haberle escocido los golpes reveros que el autor de "L'Homme Révolté" asesta sin contemplación al estado que para él representa la quinta esencia del "terror racional". Y para colmo, Camus el retórico, no menciona en su libro a Sartre el cínico, entre los principales exponentes de la revuelta... Es demasiado, después de todo.

Pero cortemos. Nos parece que lo fundamental de este duelo, reside no en la luz que eventualmente haya podido hacerse sobre los orígenes, el significado y las proyecciones de la revuelta, sino más bien en el hecho de que la polémica en cuestión ha ilustrado, de una manera bastante amplia, el estado de espíritu y la orientación ideológica general de los principales representantes de la intelectualidad contemporánea. El proceso total de "L'Homme Révolté", con todas sus secuelas, no hace hasta cierto punto, sino reflejar la cri-

sis ascendente que corroee la médula de los intelectuales franceses y europeos de post guerra, empeñados en reajustar posiciones ante las más graves interrogantes que dibuja la condición humana. Camus acaba su libro exclamando: "En la cúspide de la más alta tensión va a surgir el impulso de una flecha recta, con el más libre y el más duro trazo". Cabe preguntarse no sin angustia en nuestra época de achatamiento, ¿cuál es ahora el camino que lleva a la cúspide?

LA CULTURA ES EL UNICO MEDIO DE HACER PATRIA

Por SANTIAGO ARGUELLO

Pues si el único remedio posible es hacer Patria, el único procedimiento para hacerla es la cultura. Nuestra labor principal está en la escuela. Pero no entiendo por cultura el arte de hacer gastos sociales, de enmascarar el instinto con formulismos de buen tono, píldoras de corteza de azúcar y corazón de acibar, monerías de corte cubriendo impulsos de caverna. No basta con instruir bien o mal a los jóvenes. Lo que urge es educarlos, es decir incrustarlos dentro del deber; hacerles comprender que cada uno es una pieza distinta en una sola relojería humana; que deben tener claro concepto de sus sendas funciones, de la manera de adaptarse a ellas, y de cómo han de adecuar cada uno de sus particulares actos a la mecánica total. Porque, como afirma Ruskin, "Educar a un joven no es hacerle aprender algo que no sabía, sino

hacer de él alguien que no existía".

Dejemos, pues, de ser los enfáticos recitadores de una ciencia en frío, catálogos vivientes de datos, incapaces para pasar de la vida declamada a la vida vivida, de la erudición pedantesca y labial a la eficaz adaptación de facultades a la labor de la existencia. Hay que tomar cada asignatura de nuestro aprendizaje como un campo de labranza interior, de auto-análisis primero, de desarrollo de facultades después, y, en seguida, de impulso casi automático hacia la aplicación.

Con la escuela meramente instructiva se hacen erudiciones. En cambio, con la educativa se forjan caracteres. Recordemos que el hombre, como el centauro, es doble: una mitad que mira al

cielo, y otra mitad que huella el fango. Para su parte de alma, está la educación que la alimenta en dignidad y en carácter. Para su parte de animal, bástale y súbale con la instrucción a secas, con ese repasto de bachillerismo, que, si se asocia con el instinto natural o la pasión dinámita, truécase en lámpara mal sana que presta sus auxilios a los zarpazos de esa bestia.

Si la instrucción da el saber, sólo la educación da el ser. Lo que debemos procurar es constituirnos en hombres: hombres arraigados en vida, como los árboles frutales. No salgamos del aula convertidos en cuadernos humanos, sin saber lo que somos ni para dónde vamos. Logremos que no se encierre al joven en el libro como en un calabozo de teorías, sino que aprenda a conectar el libro con la vida.

El Premio Goncourt 1952

Como es sabido el otorgamiento de premios literarios se ha convertido en Francia en una verdadera industria. De estos premios el más conocido de todos y probablemente el más comercializado de todos es el Goncourt. No es del caso aquí ponernos a examinar si las condiciones del famoso testamento de los Goncourt se están cumpliendo o no tanto en el espíritu como en la letra. Lo cierto es que al recorrer una lista de los ganadores podemos darnos cuenta de que el anhelado galardón sólo en muy contados casos ha venido a ayudar a los escritores jóvenes que tienen necesidad de dar a conocer sus obras. En la mayoría de las ocasiones el Goncourt se otorga a libros que de todas maneras se hubieran vendido muy bien pero que, gracias a la publicidad del premio, llegan a hacerle ganar a su autor una pequeña fortuna.

El último Goncourt se le otorgó a la escritora Beatrix Beck por su novela "León Morin, prete". La señora Beck era autora de dos libros anteriores, "Barney" y "Une mo trirreguliere", que no habían logrado mayor atención por parte del público y de la crítica. El libro premiado tiene por héroe principal a un sacerdote católico, "León Morin", y por heroína a "Barney Aronovitch", seudónimo adoptado por la autora para ponerse a sí misma en escena. Esto último no es una suposición sino una certeza pues la señora Beck ha declarado en las revistas literarias y en los periódicos que su identidad con su heroína es total y que este libro, como sus obras anteriores es autobiográfico.

La historia que forma la trama de "León Morin, prete" es muy sencilla (el volumen consta de menos de doscientas cincuenta páginas). Barney, joven de convicciones más o menos comunistas y viuda de un militante comunista judío ruso, vive con su hija en una ciudad francesa de provincias. Viene la ocupación alemana, la persecución a los judíos y la resistencia. Los judíos amigos de Barney empiezan a esconderse y ella procura ayudarles en la medida de sus posibilidades.

Un día se le ocurre a la heroína entrar a una iglesia y arrodillarse en un confesionario. De punta en blanco le declara al sacerdote que "la religión es el opio del pueblo". El sacerdote que es el León Morin del título le contesta con mucha moderación y emprende la tarea de convertir a tan extraña penitente. La joven Barney queda fascinada por la personalidad del sacerdote y hasta llega a enamorarse de él pero éste permanece irrepachable aunque demuestra gran amistad a Barney. Finalmente ésta se convierte, se reconcilia con la iglesia y procura vivir en una forma cristiana. El padre Morin influye también poderosamente en la vida de varios personajes principales del libro. Por último le dan una parroquia en otra ciudad y Barney se queda sin su director espiritual.

En realidad el relato es tan descarnado, tan poco dramático y tan desprovisto de estilo literario que este libro casi no se puede llamar una novela. Pero las reminiscencias de Barney o de Beatrix Beck, que no son otra cosa, constituyen una lectura interesante debido en parte a la personalidad humana de la autora y en parte a la atmósfera de la época de la ocupación alemana. Algo curioso es el hecho de que el tono mismo de las reflexiones religiosas de Barney nos hace presentir que ella no perdurará en su conversión y que la ausencia del padre Morin va a resultar desastrosa no sólo para su vida espiritual sino para su vida moral.

En realidad "León Morin, prete" que ha sido saludado en muchos círculos como un "libro católico" es una obra abiertamente anticatólica y anti-clerical. En primer lugar porque la figura del padre Morin, adornada con todas las virtudes, se contraponen continuamente a la conducta burguesa y oportunista de las altas esferas eclesiásticas. En segundo lugar porque el ídolo de Barney es un sacerdote bastante extraño y un cristiano no muy evangélico. No nos referimos a sus modales sino a sus teorías religiosas y modales.

En efecto la forma como la se-

ñora Beck describe la persecución de los judíos franceses por el régimen de Vichy da a entender que toda la iglesia de Francia y todos los católicos eran antisemitas admiradores de Alemania y que ayudaban a perseguir a los judíos, la única excepción, naturalmente, del padre Morin. Eso sencillamente no es cierto. Los obispos franceses protestaron repetidamente contra la persecución y el clero en general protegió a los judíos a pesar de los graves peligros que corría al hacerlo. Por lo demás con esto no hacían sino cumplir con un elemental deber de caridad cristiana.

Para juzgar de la ignorancia o de la mala fe de la autora de "León Morin" basta con relatar la siguiente anécdota que figura en el libro. Una amiga judía de la heroína entra como profesora en un colegio católico en el que ha logrado colocar a su hijo gracias a un falso certificado de bautismo. "Cuando oigo en la capilla sus oraciones en que nos llaman "pérfidos judíos" creo desvanecerme de dolor" declara la señora en cuestión.

Pues bien, la única ocasión en que la iglesia emplea la expresión "pérfidos judíos" es en un oficio del Viernes Santo que se dice siempre en latín y no es de suponer que Minna Eilbmann, judía polaca sepa latín. Además acababa de entrar al tal colegio y no, parece, por el resto del relato que fuera en la época de Semana Santa. La señora Beck, al dar la impresión de que en los colegios católicos se pronuncian todas las mañanas en la capilla atroces imprecaciones contra los judíos en idioma vernáculo se hace culpable de una calumnia tan grave como las calumnias antisemitas de Streicher. Además la refugiada Eilbmann tiene que dejar el colegio ese y esconde a su hijo en el convento de Nuestra Señora de Sion. Por la forma en que la señora Beck habla del asunto parece que en este caso también se tratara de un engaño a las religiosas. Nada más injusto que esa presentación de los hechos, pues es conocida la labor admirable que hicieron las religiosas de Sion (y otras muchas comuni-

dades religiosas) durante la ocupación alemana. Salvaron centenas de niños judíos sin exigirles, desde luego, falsos certificados de bautismo y a sabiendas del riesgo que corrían al esconderlos. Pero en el libro de la señora Beck, fuera del padre Morin, no hay un solo cristiano que demuestre caridad alguna hacia los perseguidos.

En cuanto al padre Morin las ideas que expone son bastante inesperadas en el caso de un pastor de almas y de un sacerdote católico. Tiene mucha razón uno de los personajes que lo juzga "comunista" o "marxista". En un caso le aconseja a una madre que ponga a su única hija en una institución para poder dedicarse a las obras sociales. Un punto de vista anticristiano y netamente moscovita. Lo

más grave es la actitud de este sacerdote que, ante los asesinatos de la depuración, se contenta con declarar frescamente "que para algunas personas es una caridad quemarles los sesos". Y cuando Barney llega a saber que a una joven de diecinueve años la "resistencia" piensa "ejecutarla" por tener relaciones con los alemanes el padre Morin convence a su dirigida de que no debe avisar a la muchacha. Barney, obedeciendo los consejos de este cristiano de modelo "made in Moscow" se abstiene de intervenir y la infeliz víctima es asesinada por quienes demostraban en esta forma, poco peligrosa para ellos, su antipatía a los alemanes y al nazismo.

En conjunto "León Morin, pretre" es un libro inferior desde el

punto de vista literario y constituye un ataque injusto y calumnioso contra la Iglesia católica y contra el clero francés. Esto, por lo demás, no resulta extraño, pues la mayor parte del florecimiento literario alrededor del caso de los "sacerdotes obreros" ha tenido las mismas desagradables características. Hoy día el sacerdocio es un tema literario de moda y los libros que a él se refieren se venden fácilmente. Esa es razón suficiente para que haya quienes los compren y tenemos que esperar con paciencia que pase esta racha de mal gusto y de comercialismo. El otro aspecto, el de odio a la Iglesia y a la Jerarquía, no pasará, pues no se trata de una moda sino de una característica constante de los enemigos del cristianismo.

PADRE NUESTRO

I

Ínútilmente se ha pretendido suplantarle en el reinado del mundo.

Los que se levantan contra Ti desaparecen como las estrellas al asomarse el Sol. Tú, solo, en mi voluntad, y en mis días, y en mi destino.

A Ti te entregué mi vida, y la acrecientas, y pones tus tesoros a mi disposición, y vienes hacia mí cuando te llamo, y me consuelas en mis penas, y me orientas en las dificultades.

Junto a mí estás, Padre y Rey mío, al dormirme cada noche, a mi lado te encuentro al despertarme y sé que estarás conmigo en la hora de mi muerte.

Para mejor servirte y ver únicamente tu grandeza prefiero tomar del mundo sus aflicciones. Para mejor escucharte te busco en la soledad y en ella ante Ti me humillé.

II

Padre nuestro! Los hombres hablan mucho, y cuanto más hablan menos se entienden.

Multiplican sus afanes, y cuanto más se afanan, más paecen.

Juntan tu agua en cestos y la derraman sin beberla.

Caminan pisoteando su propia vida.

No miden la pequeñez de sus grandezas, ni la mezquindad de su opulencia, ni la amargura de sus goces.

Mucha es su hambre de pan a pesar de que en la tierra y en el mar hallarían lo necesario para el sustento; mucho es lo que sufren, a pesar de que Tu amor debió ya redimirlos.

Por las veredas de la mentira quieren llegar a la verdad; sin renunciar a las iniquidades elogian la justicia, y en la dura esclavitud de la ignorancia exaltan los beneficios de la libertad.

¡Padre nuestro! Ayúdalos para que estas dos palabras que viajan ha dos mil años desde Tus labios al corazón del hombre, lleguen, por fin, a su destino!

CONSTANCIO C. VIGIL

La Europa que yo he Vivido

Por EDUARDO ZAMACAOIS

Al pasar por el café Cardinal, Gatulo Mendes me invitó a tomar ajeno; la bebida, a su entender, que era la perdición a la vez que el encanto de Francia. El ajeno le rejuvenecía, le purgaba la mente de recuerdos torcedores y le devolvía su temible vivacidad. Por eso lo adoraba.

Y ya sentados frente a nuestros vasos, donde el delicioso veneno empezaba a cantar, gota a gota, como canta la eternidad en las clepsidras, el travieso autor de "Para leer en el convento", prosiguió:

—Iba usted diciéndome que la tarde de ayer la perdió entrevistando a Marcet Prevost...

Me sentí obligado a corregirle:

—¡Cuidado, Maestro!... Yo no he dicho que la perdiese, sino que la pasé con él...

Mendes se alzó de hombros. — ¡Es igual!... No puede ser divertido un escritor que, cuando suelta la pluma, se dedica a criar gallinas "porque le gusta los huevos recién puestos".

—¿Cómo lo sabe usted?

—Se lo dice a todo el mundo. Es una muletilla que utiliza para de mostrarnos la sencillez de sus costumbres. Bueno, adelante... Me interesa saber, con detalles, cómo el hecho se produjo. Cuéntemelo, a ser posible, sin mentir.

—Llegamos —repuse— al Café des Princes — a la seis exactamente de la tarde.

—La hora y el lugar, más indicados para dar un escándalo — comentó Mendes entre dientes —: síga usted.

—Mr. Prevost caminaba delante de mí. De súbito una joven, estacionada junto a la puerta, le salió al encuentro al mismo tiempo que decía, en voz bien alta: "Le esperaba. Usted, con sus novelas mal-ditas, me enloqueció; y ahora, que lo he perdido todo, necesito vengarme de quien, abusando de su talento, me arrastró al pecado". Seguidamente sonaron dos tiros y el público, que llenaba la terraza, escapó en todas direcciones. Varias señoras se desmayaron...

Mendes comentó:

—Era su obligación: En casos así toda mujer, que lleve sombrero, debe desmayarse para convencernos de que posee un temperamento sensible. Y él, mi cofrade, ¿qué hizo?

—Desarmar a la agresora, que parecía hallarse en un estado de gran excitación y amablemente, llevándola del brazo, la metió en un coche.

—¿Nada más

—¿Le parece a usted poco?... Después, como si nada hubiera sucedido, regresó al café.

—¡Cómo le miraría la gente, eh!

—¡Figúrate!... Las mujeres se lo comían con los ojos.

Mi interlocutor, en quien los vapores del ajeno empezaban a actuar, guardó silencio, mientras su diestra de poeta, fina y blanca, en cuyo índice sangraba un rubí, jugaba con los hilos plateados de su barba, una barba en la que tantos labios femeninos dejaron su perfume...

—Mi colega —dijo— nunca quiso escribir para el teatro, no obstante ser un farandulero muy superior a Antoniene. Porque usted ya se habrá dado cuenta de que el drama del Café des Princes, tan comentado por la prensa de hoy, es una farsa.

—¿Cómo, una farsa?

—Sí, mi joven cofrade; lo que usted oye. Vuelva a la realidad. Prevost, en el arte del "bluff" rivaliza con Pierre Loti. Esos dos tiros, que le permitirán vender millares de novelas de las que el público ya no se acordaba, y que contribuirán a abrirle las puertas de la Academia, le han costado cuatrocientos francos.

Empecé a hacer aspavientos; pero él, poniéndome ambas manos sobre los hombros, insistió:

—Me lo ha dicho ella, la supuesta agresora. Una actriz sin trabajo, amiga mía.

—Eso no es verdad, Maestro. El autor de "Locuras amorosas", rió y, tuteándose:

—Bueno, tienes razón; todo lo

que he dicho es mentira. Pero tú di, por ahí, que es verdad; dílo... porque esas pequeñas calumnias divierten a la gente y nos dan fama de conversadores amenos.

Su lengua comenzaba a entorpecerse y pidió otro ajeno.

—Tú no sabes —prosiguió— lo que hice el año pasado para llamar la atención?... Voy a decírtelo. Tiene gracia. A Prevost no se le hubiera ocurrido porque es un tipo que no sabe reír. Yo, sí, verás... Me compré un "Renault", pequeñito, le puse delante, sujeta al "capot", una corona mortuoria, con la siguiente inscripción: "A mi primera víctima. Afectuoso recuerdo". Y fui a situarme frente a la terraza del Napolitano. Tuve un éxito; el mayor de mi vida. A los cinco minutos de estar allí más de quinientas personas me rodeaban llenas de curiosidad. ¡Y cómo reían!... Particularmente las mujeres... hasta que acudió la policía. Al otro día los periódicos daban la noticia de que al poeta M. Catulo Mendes le habían impuesto una multa de doscientos francos "por escándalo". Era lo que yo buscaba; el escándalo... porque aquella semana Carpentier, mi editor, me telefoneaba: "Somos felices. Durante las últimas cuarenta y ocho horas hemos vendido más libros que en todo un año".

Dicho esto, con sobresaltado ademán se puso de pie, exclamando: —Ahora me acuerdo de que Remy de Goyrmon y Rubén Darío me esperan en La Rotanda para cenar. Vámonos.

Hice un gesto cuyo significado pues la mucha experiencia de Mendes captó enseguida.

—¿Qué le sucede?... ¿Lleva usted poco dinero?... Es igual. Yo le invito. A usted le conviene conocer gente, hablar con distintas personas... Eso agiliza el espíritu. El taller de Rodin le perjudica. Piensa usted dedicarse a la escultura?... No. Entonces, ¿por qué no cambiar de ambiente?... Rodin es extraordinario, genial... es superior a Carpeaux... pero ha-

bía poco. No se parece a mí.... Es pequeño, ancho, macizo... Los hombres así no tienen conversación.

En La Rotanda hallamos a Remy de Gourmont, abismado en la lectura de "La Presse". Representaba cincuenta años y tenía un entrecejo austero, preocupado, que invitaba al silencio.

—¿Y Rubén? — preguntó Mendes.

—Como acaba de llegar a París y todavía desconoce las calles —repuso Gourmont— Lajeunesse y Carrillo han ido a sacarle de su hotel.

Catulo Mendes insinuó la idea de esperarle cenando, a lo que Gourmont se negó por considerarlo una descortesía.

—Es nuestro huésped, y debemos tratarle con toda corrección. De nosotros depende el concepto que se forme de Francia.

Mendes había hablado con Rubén una vez, y no le fué simpático.

—Es, a no dudar; un talento de primera categoría; un poeta muy superior a Heredia; un innovador, un revolucionario... pero es frío, callado, hermético. Los látigos de la emoción jamás le flagelan el rostro. Sus ojos oscuros nunca dicen nada, tiene alma de indio. ¿Qué digo?... Todo él, de pies a cabeza, es un indio, impenetrable, alucinante, como los iconos de su raza.

En estas llegaron Gómez Carrillo y Lajeunesse diciendo que Rubén Darío se habían negado a acompañarles.

—¿Y por qué? —inquirió Gourmont.

—Porque no le parece discreto salir a la calle sin sombrero de copa.

Todos nos echamos a reír.

—Pero si en París — exclamó Gourmont — nadie le conoce. A menos que, a su parecer, vivir en París sea lo mismo que vivir en Managua.

—¿No les he dicho — concluyó Mendes— que ese hombre es un indio?

Mientras cenábamos la conversación recayó en la desgracia que afligía a Oscar Wilde, condenado por los tribunales de su país a dos años de trabajos forzados en la cárcel de Reading. Lajeunesse recuerda que Alfonso Daudet, me-

ses antes de morir, redactó un mensaje que todos los escritores de Francia, tanto por misericordia como por solidaridad espiritual, debían suscribir impetrando de la reina Victoria, el indulto de quien había sido el ídolo de Londres. La idea fué muy bien recibida y la autorizaron con sus nombres: Zola, Anatole France, Octavio Mirabeau, Capus, Hervieu, Romain Rolland, Richepin, Sardou...

—La susodicha solicitud — aclaró Lajeunesse — impresa en una hoja de pergamino, la tengo yo, y no ha sido enviada a Inglaterra porque muchos de nuestros autores todavía no la han firmado.

—¿Quiénes?—atajó Mendes.

—Entre otros Maurice Barrés, Coppée... Huysmans...

Mendes le interrumpió:

—¡Natural!... Aquéllos que no quieren a nadie son los que más alardean de piadosos.

Y volviéndose a mí:

—Usted me dijo que pensaba entrevistar a Coppée.

—Sí señor; y él ya me espera.

—Pues, pídale usted a Lajeunesse el mensaje de que estamos hablando y lléveselo a Coppée para que lo firme.

La idea de colaborar, aunque fuese tan de soslayo, en aquella buena obra, me regocijó grandemente, y al siguiente día, de tarde, me presenté en casa del autor de "Los humildes"; un viejo hotelito de la calle Oudinot, al que precedía un jardinillo mezquino, saturado de silencio y de humedad.

Francisco Coppée — un señor delgadito, afeitado, vestido de negro, que hablaba suavemente mientras sus manos lívidas añadían a cada frase un gesto lleno de blandura sacerdotal — me recibió en un despacho amplio y claro, circundado de altos estantes repletos de libros. Recuerdo que en la mesa, cubierta de papeles, había una cabeza de Cristo, y que sobre la chimenea, donde crepitaba un buen fuego, un Cruzado de bronce, con capete, mandoble y acicates, repetía con sus brazos abiertos el signo de la Cruz.

La entrevista fué laboriosa. A mis preguntas el poeta de "La huelga de los herreros", respondía de un modo que evidenciaba su empeño de mostrarse entrañablemente evangélico, o sea perdonador, misericordioso y horro de toda va-

nidad. Con voz apagada — como si rezase — me habló de su infancia triste, de su juventud sin amores y de la resignación con que, ya viejo, soltero y sin familia, veía desvanecerse sus años postreros en la soledad de aquellas habitaciones de donde el trabajo — su único placer — y los recuerdos, expulsaron la risa...

Yo, entre tanto, tomaba notas. Luego, cuando ya iba a despedirme:

—Maestro — le dije, — varios escritores, al saber que me había otorgado el honor de una entrevista, se apresuraron a darme este pergamino para que usted lo firme.

—De qué se trata:

—De un documento en que las personalidades más ilustres de la literatura francesa solicitan de la reina Victoria la excarcelación de Oscar Wilde.

Los ojos, hasta allí apacibles, de Francisco Coppée, se endurecieron súbitamente.

—De ese mensaje — replicó, — me hablaron tiempo atrás unos señores, y me negué a firmarlo.

Su voz sonó cortante, agresiva, y sobre la negrura de su traje sus manos temblaron coléricas. Insistí, sin embargo:

—En una solicitud de esta índole su nombre no puede faltar.

—Pues faltará: Mi conciencia me prohíbe favorecer a quien nada merece, ni como literato, ni como persona.

—Usted firmará — exclamé aca-lorándome —, porque usted es cristiano; quien ha escrito las páginas de "El buen sufrimiento" no puede negarle a nadie su perdón; usted en la ocasión presente, tiene que responder al espíritu de su obra, en la que no hay una gota de hiel.

Parecía escucharme y vaciló. De pronto en sus labios finos de hipócrita — no recuerdo otros más delgados — floreció una sonrisa cruel, perversa, cínica...

—Ya que usted se empeña...

Y con pulso firme, escribió:

"En nombre de la Sociedad Protectora de Animales. Francisco Coppée".

No pudiendo abofetearle, que era lo que su monstruosa insolencia merecía, salí de su casa sin darle la mano.

endegado

La Psiquiatría

en

el

Teatro

El auge alcanzado por el teatro en México en los últimos años y la preferencia por temas psicológicos en la dramaturgia moderna, nos han inspirado este artículo. Porque las relaciones entre la farándula y la psiquiatría son mucho más amplias de lo que podría parecer a primera vista. Nosotros estudiamos los problemas anímicos que la vida plantea al individuo y no hay que olvidar que se ha llamado a la actividad del hombre, teatro de la vida, y Gran Teatro del mundo a su inmenso escenario.

Como me honro con la amistad y relación de muchos actores, directores y dramaturgos no es raro que oiga decir, a veces, que los directores de teatro son competidores míos, insinuación que encierra cierta verdad. En efecto, un director dramático, cuando es hábil e inteligente, sobrepasa los límites de su oficio; no se conforma con mover los hilos de la faras sino que penetra en los personajes como si fuesen seres vivos y en los actores que han de encarnar a aquellos personajes, de manera semejante a como nosotros, los psicólogos profesionales, penetramos en nuestras pacientes. Resulta, de estas dos acciones conjuntas, que el director favorece, consciente o inconscientemente, un proceso que tiene su nombre psicoanalítico y que se llama sublimación.

La Psicoterapia

Podemos definir la sublimación como un proceso inconsciente que consiste en desviar la energía de

Dr. Federico Pascual del Roncal

la libido canalizándola hacia nuevos objetivos o fines de carácter no sexual y socialmente útiles y aprobados por la conciencia individual. Este es uno de los objetivos del psicoanálisis: procurar que esa enorme fuerza vital que es la libido deje de perturbar patológicamente al individuo, derivándola por caminos más gratos, más útiles, más sanos. Así pues, en este sentido, el director teatral de alta categoría es, en cierto modo, un psicoterapeuta y, lejos de ser nuestro adversario, resulta nuestro colaborador.

Precisamente hay una forma de psicoterapia, el llamado psicodrama, creado y fomentado por el psiquiatra neoyorkino Moreno, que tiende a encauzar los instintos y complejos primarios por vías aceptables y agradables. Esta forma de psicoterapia utiliza como vehículo el teatro, con una técnica especial y está adquiriendo bastante desarrollo en los Estados Unidos.

Por lo tanto, no extrañará a Uds. que, si un regisseur tiene puntos de contacto con el psicoterapeuta, este último tenga la audacia de adentrarse en terrenos que aparentemente —sólo aparentemente— le son ajenos.

Los enfermos mentales han pasado, en el curso de la historia, por avatares múltiples. Han sido considerados en una época como seres divinos, tocados por la mano de los dioses. Sabido es que los romanos llamaban a la epilepsia, *morbus sacer*, es decir, enfermedad sagrada o también mal comicial porque cuando alguien padecía un ataque durante la celebración de un comicio éste era suspendido en señal de respeto. El reverso de la medalla aparece en la edad media, durante la que los pobres locos eran tomados por brujos, embrujados o endemoniados, siendo condenados a la hoguera previas horribles torturas para hacerles confesar sus supuestos pactos diabólicos.

Dioses o demonios, estos seres extraños tenían, naturalmente, que atraer la atención de los dramaturgos y de los poetas. Su obscura psicología, las sentenciosas frases que en los momentos lúcidos formulaban — cual oráculos que despertasen por instantes de sus prolongados letargos — el temor sagrado o el odio fanático que proyectaban sobre el vulgo, sus bizarras maneras, sus gestos extravagantes, sus esotéricos delirios, sus misteriosas musitaciones, su lenguaje peculiar, eran y continúan siendo otros tantos motivos fascinadores para agregarlos a los arquetipos de la dramática universal.

El loco, *dramactie personae*

Por eso, desde que nace el teatro, el loco es incorporado a los *dramactie personae*. Por su boca, el autor hace decir aquello que las leyes, la religión o las costumbres vedan, porque en tales labios, las palabras pueden ser interpretadas a gusto del espectador. Tal hace Erasmo de Rotterdam en su ensayo "Eloge de la folie".

En el drama griego ya aparecen seres enajenados. Por lo general, se trata de momentáneos raptos de locura que los dioses provocan en los hombres para impulsarlos al odio, la ira o la venganza. Esquilo, el primer dramaturgo de la Historia, presenta a Orestes al final de las *Coéforas* enloquecido después de dar muerte a su madre, la

adúltera Clitemnestra pero su crimen es perdonado por Apolo, en el curso de la tragedia Las Euménides, porque considera que fué cometido en estado de enajenación mental.

En el Ajax de Sófocles, el protagonista padece varios accesos de locura. El Hércules de Eurípides, en estado de locura furiosa, mata a sus hijos y es perdonado por Teseo, rey de Atenas. Observemos que, ya en la antigua Grecia, la enajenación mental eximía del castigo, tal como ocurre en nuestros códigos penales modernos.

Pero, antes de pasar adelante en la exposición que nos hemos propuesto, queremos hacer algunas consideraciones que creemos útiles, acerca de la interpretación, por parte del actor, de estos extraños personajes que son los locos.

Es un axioma en arte dramático, que el actor debe "vivir" su personaje. Al decir vivir quiere decirse que el actor ha de realizar la farsa como si fuese verdadera como si la situación que el drama plantea no fuese ficticia sino vivenciada, es decir, vivida, sentida por el actor sin que, al mismo tiempo, pierda su propio control; se trata de un cierto desdoblamiento artificial o provocado de la personalidad, mediante el cual la persona real queda en segundo plano, oscurecida, apagada, pero no anulada, sino alerta, vigilante, en una latencia activa que le permita dominar la situación cuando sea necesario. El actor debe dejarse llevar por la pasión que en un momento dado representa, pero no dejarse arrastrar ni dominar por ella, pues, en tal caso, un brusco cambio de situación, como acaece frecuentemente en escena, lo encontraría desprevenido. El actor debe encontrar dentro de sí la expresión de los sentimientos que requiera el momento dramático, pero en el fondo de su ser la persona vigila. La risa, en una escena, debe corresponder a una expresión anímica, sin lo cual sería una grotesca risa muscular; el llanto, ir acompañado de ideas que lo justifiquen, sin las cuales sería un ridículo llanto de glicerina; la risa, reflejo del correspondiente estado pasional, sin el que se convertiría

en gesticulaciones arlequinescas.

Representación del sentimiento

Pero, es obvio que, si la representación de sentimientos y sensaciones normales, como el amor, el odio, la alegría, el dolor, la pesadumbre, etc., es difícil, las dificultades aumentan considerablemente cuando se trata de representar estados de ánimo que nos son desconocidos. Todos hemos experimentado, al menos en alguna ocasión, alegría o tristeza, amor u odio, ternura o dureza, crueldad o blandura; hemos llorado y hemos reído, hemos sido en ocasiones yunque y en ocasiones martillo, hemos tenido preocupaciones y despreocupaciones, goces y sufrimientos. Todas ellas son situaciones que caben dentro de la psicología normal y están, por tanto, cerca de nosotros. Mas espero que ninguno de los lectores haya pasado nunca por fases de incoherencia, fuga de ideas, delirios interpretativos, estados paranoides, actitudes catatónicas, gatismo, agitación psicomotriz, manía, manierismos, alucinaciones ni tantos y tantos otros síntomas que caracterizan las enfermedades mentales. Ni aun en el supuesto de que hubiesen pasado por ellos, podrían ni quererían recordarlos.

Esto quiere decir que, cuando el actor debe representar el papel de un loco, tiene que aprender no solamente la palabra escrita sino actitudes, gestos y expresiones que le son total ajenas. En ello reside, en parte, la dificultad de esta clase de papeles. Si no se entra en ellos con un perfecto conocimiento psicológico ¿cuán fácil es caer en el ridículo y hacer de un personaje sublime como Hamlet, un tipo grotesco, deshumanizado!

La selva de la locura

Está muy extendido el error de que no hay más que una sola enfermedad mental: la locura. Para el vulgo todos los locos son más o menos iguales. Sin embargo, una clasificación detallada de los trastornos psíquicos abarcaría no menos de cien procesos, formas clínicas y síndromes, cada uno con sus características propias bien definidas, que nos permite a los psiquiatras diferenciarlas, pronosticarlas y tratarlas.

Por otra parte, otra creencia errónea, también muy difundida, es la de que los enfermos mentales están continuamente haciendo extravagancias y diciendo disparates, lo que está tan lejos de la verdad como lo anterior. La mayor parte de los enfermos psíquicos no son diferenciados por el vulgo, de las gentes normales, en primer lugar porque no suelen estar tan trastornados que no se den cuenta de que algunas de sus actitudes, gestos y palabras llaman la atención de los demás y entonces tratan de disimularlas; en segundo término porque sólo en determinados momentos se hacen manifiestos sus síntomas.

Así pues, el actor no debe conformarse con saber que va a representar en escena un loco sino que debe inquirir qué tipo de trastorno padece y cómo se manifestaba, aunque esto no figure descrito en ningún prólogo o nota del autor. Las obras de ficción como Hamlet, Otelo, El estúpido cornudo, etc., no explican qué clase de trastorno padece el protagonista; ello hay que deducirlo del contexto mismo de la farsa. En las obras históricas como "Corona de sombra" cabe la posibilidad de estudiar al personaje a través de la historia. Pero en ninguna ocasión puede el actor desentenderse del "caso clínico", pues se expondría a representar un ser vacío de contenido que diría palabras sin sentido y gesticularía como un loco... de novela mala. No olvidemos que la actitud de un enfermo mental que al profano le parece ilógica y sin sentido, no es tal desde el punto de vista del enfermo mismo.

Síntomas de anormalidad mental

Pondremos algunos ejemplos prácticos que hagan ver las grandes diferencias que puede haber en un solo síntoma. Elijamos la expresión de los ojos, una de las partes de mayor significación en la máscara. La creencia popular admite que los locos tienen una mirada peculiar, simplemente, de loco, lo cual suele representarse por unos globos osculares fuera de las órbitas y girando descompasadamente como ruedas de molino. Salvo en un encefalítico que padece

se además, hocio exoftálmico, esta clase de ojos no se ven nunca en clínica, ni creemos que se deban ver nunca en el teatro, excepción hecha, quizá, en farsas grotescas.

En los diversos síndromes psiquiátricos los ojos adquieren distinto expresión. En los melancólicos están medio entornados, con los párpados caídos, fija la mirada en el suelo, apagados, tristes, sin brillo ni expresión alguna. En los maníacos son vivaces, alegres, móviles, demasiado móviles, pero no desorbitados. En los estados de angustia la pupila está dilatada, los párpados muy abiertos y la mirada es algo estática. En los estados catatónicos de la esquizofrenia, la mirada está perdida en el infinito, el parpadeo puede estar abolido, aunque no siempre y nada de lo que sucede alrededor del enfermo atrae sus miradas.

En otras formas de esquizofrenia, como la forma paranoide — que es el caso de Carlota de México — los ojos adoptan diversas expresiones de acuerdo con el estado del paciente. Así, en sus momentos lúcidos la mirada es nor-

mal, alegre si está alegre, triste si triste. Cuando aparecen alucinaciones auditivas, los ojos y, frecuentemente, el resto del cuerpo adoptan la actitud de escucha, dirigidos hacia el lado desde el que el paciente oye voces alucinatorias si éstas son de contenido indiferente; pero si las voces injurian o molestan al enfermo, los ojos muestran su estado de ánimo, aterrorizados, asombrados, iracundos, etc. La suspicacia peculiar de los paranoides se proyecta sobre la mirada desconfiada y temerosa que, a veces, presentan.

Como se ve, el actor debe estudiar muy profundamente a sus personajes desde el punto de vista psíquico. Agréguese a la actitud de la mirada que acabamos de exponer, las actitudes del cuerpo, la mímica, el gesto de la mano, las inflexiones de voz y tantos otros elementos psíquicos que se perturban durante las enfermedades mentales y se tendrá una idea de las dificultades que entraña representar un papel de enfermo mental.

Pero no acaba ahí la cosa. El

actor debe tener también en cuenta qué clase de persona era su representado antes de enloquecer. La demencia de un príncipe no se manifiesta igual — aún tratándose de la misma enfermedad — la de un mendigo. En el primero el lenguaje, aunque incoherente, tendrá la riqueza de imágenes y de contenido que corresponde a su educación; las inflexiones de voz no habrán perdido el acento refinado que tenían en el sujeto sano; el empaque que la realza imprime a la figura, no se habrá desmoronado por completo; en una palabra, el personaje no será simplemente, un loco, sino un príncipe loco. No hay que olvidar que, si el cuerpo humano es semejante en todos los seres cualquiera que sea su oficio, origen o posición, la psique varía hasta el infinito y se proyecta sobre el organismo.

Así pues, la antigua idea de que las artes — y entre ellas el Arte dramático — era algo intuitivo, sentimental, romántico e improvisado ha dejado, a mi entender, de tener fundamento. El Arte es todo eso pero, además, es oficio, técnica, estudio.

BAR Y COMEDOR

Hoy nos vamos a dedicar de nuevo a los señores: maridos, hijos, hermanos y padres. Unas recetas para preparar buenos cocteles no le caen mal a nadie, y muchas veces las señoras no los saben hacer. Como regla general les damos un consejo: usen licores de buena calidad y no exageren las dosis. Y después? una buena batida, hielo y buen servicio en las copas: una raja de limón, hielo picado en el borde de la copa, una ciruela o un cubito de piña.

AVIADOR. El jugo de medio limón, media cucharadita de azúcar granulada, cuatro cucharadas de Bacardí, hielo picado y un vaso de champaña seco. Se sirve después de agitarlo bien.

BARBARA. Un cuarto de crema fresca, un cuarto de crema de cacao, y la mitad de aguardiente o pisco. Hielo picado.

BOLO. El jugo de un cuarto de naranja, media copa de ron Bacardí, una cucharadita de azúcar y el jugo de medio limón o de media lima.

BRANDY SNAP. Una y media copas de Cognac. Tres copas de Jerez seco. Una y media copas de jugo de naranja. Dos o tres gotas de amargo de Angostura. Se llena la coctelera de hielo molido, se bate mucho y se sirve inmediatamente.

CANARIAS. Media copa de jugo de limón. Dos copas de ron, cuatro cucharadas de azúcar, doce gotas amargas y una copa de papilla de plátano.

Se bate con bastante hielo. Al pelar los plátanos deben raspárseles cuidadosamente las fibras astringentes.

Pedro Salinas

Por JOSE RAMON ARANA

Pedro Salinas, profesor, crítico, novelista, es, ante y sobre todo, una de las más altas figuras de la poesía española contemporánea. El y Jorge Guillén son, quizás, los más destacados representantes, en España, de la poesía apellidada pura, por lo que tiene de escueta, de esencial, de geometría, casi. Poeta de poquitos temas, su poesía —en huesos vivos a fuerza de eliminar elementos y zumos temporales—, apunta más a lo absoluto inaprensible que a la difícil realidad humana. Se diría —se le dice—, excesivamente intelectual, y sin embargo...

En él, como en buena parte de los escritores de su generación, hay propósito firme de evadirse de lo inmediato, no por afán de huida, en los mejores, sino al revés, de encuentro cara a cara con algo más abarcable y riguroso que la realidad externa de un tiempo —el de la primera postguerra—, en el que casi todo tiembla y se descompone, y donde al polvo de los derrumbamientos se mezclan las primeras turbonadas de una época sobrecargada de estupidez y de barbarie. En ese mundo de escombros y desorden, donde acaban el aturdimiento voluntario, la inhibición y la piqueta desesperada, todo es, todo parece, al menos, oscuro y problemático. De ahí la decepción común y, luego, esa diversidad de actitudes que van, desde el malabarismo disgregador y la mentira de las islas celestes, al dramático meterse en los adentros en busca de otra realidad más real por menos confusa y transitoria.

Pedro Salinas sale de lo que considera apariencia engañosa para entrar en ese ruedo donde es la luz tan cruda que llega directamente hasta el blancor del hueso. De ahí, claro, la pobre luz no pasa, y, por otra parte, deja atrás, invisible, toda la pulpa viva, con sus contradicciones, sus datos y misterios.

Cuando nos dice en el poema "Los equívocos"

El mundo es infinito,
profusión de mentira.

y, después, en "Don de la materia"

Entre la tiniebla densa
el mundo era negro: nada.

descubre el por qué de su salida. Está fuera, sin duda, pero su evasión es menos real que aparente. Sólo ha cambiado de terreno, y en el suyo, en el de su intimidad sin burladeros, se enfrenta a la otra realidad, a la buscada, y provoca la acometida. ¿Resultado? Un cornalón tremendo por donde la esperanza se va a chorros y, si cabe, más sed aún de entera verdad y de belleza pura. Ved, si no:

¿Quién, quién me puebla el mundo
esta noche de agosto?
No, ni carnes, ni alma.
Faroles contra la luna.
¿Abrazarme? ¿Con quién?
¿Seguir? ¿A quién?...
Sombra y yo...

Ni siquiera el amor, razón de ser de sus más hermosos poemas, tiene realidad gozosa en él sino cuando es pasado, cuando pierde corporeidad.

...cómo te voy a querer,
amor,

Pedro Salinas, no fué un desterrado político, no hubo de sufrir, físicamente, el bárbaro tirón que desgajó de España a cientos de miles de españoles, pero vivió destierro voluntario por incompatibilidad irreductible con la crueldad y la vileza del régimen que impera sobre España. Fué, pues, un escritor español en el destierro; desterrado para no perder tierra esencial, para no otorgar con el silencio, para dar testimonio de que hay algo inconquistable por la fuerza, e imposible para la barbarie desatada.

ardiente cuerpo entregado,
cuando te vuelvas recuerdo,
sombra esquivo entre los brazos.

La idea de fugacidad, de nada última, se expresa y define cada vez con claridad mayor:

Vivir, desde el principio, es
(separarse.

Y después:

Pero detrás de sus flancos
está soñándose un sueño...
de no ser ya movimiento,
de acabar este valvén;
este ir y venir de cielos
a abismos, de hallar por fin
la inmóvil flor sin otoño
de un quedarse quieto, quito.

Y más tarde:

Al otro lado,
una alcoba, en la costa de la
(muerte,
nos abrirá el gran hueco
donde todos los números se
(abisman
y amanece el eterno error de
(cálculo.

A veces, surge la intuición pura,
ese relámpago, visto y no visto,

que ilumina y ciega a un mismo tiempo:

Por un mundo sospechado
concreto y virgen detrás
por lo que no puedo ver
llevo los ojos abiertos.

Pero el motivo permanente, lo siempre reiterado, es su desgajada visión de todo lo palpable, esa desolación que sube de su adentro como una niebla helada a taparle los ojos. Ciego de mirar tanto, de tanto querer rigurosa verdad, ha dicho:

Lágrima,
no te quiero, eres de agua.

Quiere "tiniebla inmóvil", "silencio", "dulce secreto eterno", es decir, quiere muerte de tanto querer vida.

* * *

Los antecedentes más antiguos de la poesía de Pedro Salinas quizás se hallen en los místicos y, de seguro, en Góngora. Bécquer está presente en sus momentos de lirismo más hondo, pero macerado, escueto, sin quejumbra. En su primer libro, "Presagios", se advierten influencias de Unamuno y de Juan Ramón Jiménez, y sobre todo, de Antonio Machado. Ved una muestra:

Sobre el humilde pino del ataúd
(el hijo
ya tiene bien sentada la cabeza.

Después, llegada su madurez poética, el entronque con Juan Ramón se afirma y acentúa: también asoma vagamente la sombra de Valéry y la veta popular apunta en ocasiones, pero ninguno de estos arrastres enturbia su estilo personal y, menos aún, lo desvirtúa.

Lo más significativo en Pedro Salinas es, que habiendo llegado en un momento de convulsiones y desintegramientos, rico, naturalmente, en epilepsias y en cinismo, no miente, no se miente. Su dramática autenticidad le aparta tanto del trapeicismo intelectual en boga como de sentirse desterrado celeste, y si bien se aísla y cierra en sí dejando —creyendo dejar— fuera lo temporal, dentro lleva su parte del dolor común,

su levadura humana, ese tibio misterio que fermenta y acaba por estallar en la "Bomba increíble".

* * *

Nace Pedro Salinas en Madrid, el 27 de noviembre de 1892. En 1913 se licencia en Letras y al año siguiente, pasa, como Lector de Español, a la Soborna. En 1918 gana la cátedra de Literatura española de la Universidad de Sevilla. Antes, en 1910, aparecen sus primeros poemas en la revista "Prometeo" de Ramón Gómez de la Serna. Pasan varios años antes de decidirse a publicar de nuevo. En 1917 comienza a colaborar en las revistas de mayor prestigio —España, La Pluma, Los Lunes del Imparcial—, y poco después, en la revista de Juan Ramón Jiménez, Índice. Nueva Salida de España en 1922, esta vez —también como Lector de Español—, a Cambridge.

En 1923 publica su primer libro, "Presagios". Luego van apareciendo "Víspera del gozo" (1926), "Seguro azar" (1929), "Fábula y signo" (1931), "Amor en Vito" (1933), "La voz a ti debida" (1934), "Razón de amor" (1936), "Error de cálculo" (1938).

Como profesor fué insuperable. Puede decirse que su labor ha acrecentado el prestigio de la cultura española en el extranjero.

Su otra faceta, la de ensayista y crítico, bastaría por sí para afirmar su vigorosa personalidad literaria. En 1925 hace una versión magistral del "Poema del Cid" en romance moderno; destaca, luego, su estudio sobre Meléndez Valdés, publicado en "Clásicos Castellanos": viene, después, una serie de certeros juicios sobre la literatura contemporánea, recogidos más tarde en su libro "Literatura española, siglo XX". Fué activo colaborador en el Centro de Estudios Históricos, traductor de Proust y de Musset, creador de la revista "Cuatro Vientos", editor de la deliciosa colección "Primavera y flor" y asiduo colaborador de la "Revista de Occidente". En los años de la República rige como secretario de la Universidad Internacional de Santander.

Luego de visitar como conferenciante Alemania, Austria, Italia, Hungría, Bélgica y Holanda, va

a Estados Unidos como profesor de Wellesley College, de donde pasa, en 1939, a la Universidad de Baltimore. En 1947 aparece su estudio sobre "Jorge Manrique", un año más tarde, otro sobre "Rubén Darío", y en 1949 se publica "El Defenso", donde va incluido "Aprecio y defensa del lenguaje".

Su inquietud literaria le lleva al campo del teatro y escribe varias obras —entre ellas, un drama titulado "El Director"—, por considerar que hoy, este género, es especialmente interesante. Mirando y remirando al mar, lleno de él los ojos, escribe en Puerto Rico "El Contemplado".

* * *

En varios escritores acusados de intelectualismo se produce a lo largo del destierro un proceso de rehumanización, de regreso a la realidad externa, antes temida o desdeñada; es decir, de integración —a juicio nuestro—, en la realidad entera y verdadera. Salinas, místico sin Dios, vuelve de sus desiertos metafísicos para entrar de nuevo en la liza común, revinculado al sino de su tiempo, y al regresar, nos dice:

"El mundo de hoy es una hazaña tremenda, alucinante, a la realidad, en sus formas más duras. Pero el mundo de mañana sólo se podrá fundar en la obra de la imaginación. Por mucho que las máquinas fabriquen, urdan y maten, sólo la invención del hombre, nacida por milagro en lo recóndito de su alma, dará sentido a la máquina. O se lo quitará acaso".

Claro está ahí el nuevo eje de su pensamiento, y clara la idea fundamental de "La bomba increíble", escrita años más tarde. Quizás este cambio de posición ante la vida explique también su interés por un género —el teatral—, que, antes, no parece haberle interesado mucho.

Pedro Salinas, muere el 4 de diciembre de 1951. Lo esencial de su testamento poético está comprendido en un solo gesto; en el de esa muchacha que abre los brazos y aprieta amorosamente contra su corazón la bomba por cuyas bocas grita todo el dolor del mundo, acumulado desde el principio de los siglos.

Drogas Policiacas

- I -

La impresionante lectura de este libro de Jean Rolin sobre las drogas policiacas suscita un problema mucho más amplio que el que le sirve de tema. Porque el odioso empleo de sustancias químicas para crear un estado de espíritu artificial y, a favor de él, obtener la confesión del presunto delincuente, no es más que una parte de uno de los aspectos más graves del mundo actual, a saber, la prostitución de la ciencia por razón de Estado, su entrega a los fines políticos. Siendo así que la ciencia, por aspirar idealmente a un fin eterno, que es el conocimiento de la verdad, está radicalmente por encima de la política que se contrae a fines concretos, parciales y no siempre excelentes; y siendo así que, por tener como objetivo inmediato el bien de todos los hombres, la ciencia no puede subordinarse a la llamada razón de Estado, la cual unas veces propugna el bien de los hombres, pero sólo los de su facción, con daño de los demás; otras veces es un pretexto para satisfacer la ambición de unos pocos; y siempre supone un deliberado olvido de la moral fundamental o, por lo menos, el propósito previo de no contar con moral alguna si llega la ocasión.

Cierto que las violencias de los Estados, las guerras y las revoluciones, tienen un interés episódico porque hay, en la vida de los humanos, muchos años de paz, a veces tantos años que las generaciones nuevas, como ocurrió en los felices comienzos de este siglo, llegaron a creer que las guerras eran historias de los libros. Pero también, en esos períodos de venturosa inacción de la violencia, ocurren

Por Gregorio Marañón

Prólogo para el
libro de Jean Rolin

las mismas concesiones de la ciencia a la razón de Estado. Quizá de las más graves sea la que estudia este libro, cuya principal atracción es su coraje. Porque estamos, en todo el mundo en horas en que se podría repetir el apóstrofe de Quevedo:

Siempre se ha de sentir
lo que se dice?
Nunca se ha de decir
lo que se siente?

En todo el mundo, digo, pues la coacción que sobre el pensamiento ejercen las ideologías oficiales en los pueblos libres es, a veces, mayor que la de las prohibiciones expresas de las dictaduras.

- II -

Valerosamente denuncian estas páginas el exquisito martirio de los infelices sometidos a la descomposición de su personalidad psíquica por medio de inyecciones, sabiamente combinados, a veces, con otras torturas materiales en las que, tras la hipócrita supresión de la efusión de sangre, se tritura el sistema nervioso del paciente, en estratos más delicados que los del dolor físico; tales el interrogatorio que dura varios días por equipos sucesivos de verdugos,

obligando al reo a permanecer en pie durante todo ese tiempo y bajo unos focos de claridad cruel. La víctima, destrozada, confiesa lo que quieren sus jueces, y sueña, como en una liberación, no ya con el tiro de gracia, sino con el brasero de las inquisiciones antiguas —la española y las no españolas— que permitían al reo morir en unos momentos y sobre todo con el alma entera proclamando la fe en sus principios, verdaderos o falsos, hasta el final.

Porque hasta ahora se abominaba de los suplicios antiguos por el bárbaro sufrimiento físico. Pero el arrancar la piel a tiras, en la rueda dentada, que se consideraba la más atroz de las muertes, por cierto desconocida en España, era juego de niños ante éste de deshacer el alma, arrancando una a una las ideas y las creencias y sobre todo, la dignidad. Lo más terrible de la muerte que se ejecuta en un hombre es eliminar la posibilidad del heroísmo. Y esta sobrehumana mutilación espiritual se consigue hoy a favor de los progresos de la ciencia. Ya no queda al reo otra forma de dignidad, cierto que sublime, que la del Cardenal Mindszenty, dejando escrita en un papel antes de confesar, la adjuración terminante de su propia confesión.

- III -

Una forma atenuada de los martirios supercientíficos de nuestro tiempo es la confesión obtenida durante los efectos del Pentotal, que ha empezado a incorporarse a la rutina de algunas policías europeas. La droga desata la lengua del detenido y éste "canta", como siniestramente se dice en el argot presidiario, lo que quería ocultar y, muchas veces, lo que él mismo no sabía que guardaba

en el fondo de su conciencia; y con ello, fantasías creadas con restos de ideas y de recuerdos, por la acción de la droga. El Pentotal es, pues, y por eso se ha defendido hipócritamente, un sustitutivo sin hemorragia y sin ayes de dolor, de la tortura del potro, o de las demás violencias que el sadismo humano ha discurrido para violar la voluntad del reo, el cual, por mucho que peque callando ante el juez, siempre peca menos que, ante Dios, sus violadores.

El mundo irreal creado por el Pentotal es más inícuo que el que suscita el dolor porque actúa sobre resortes más delicados del alma que los que quiebra el sufrimiento físico. Un alma, por pecadora que sea, es siempre sagrada para los demás hombres; y debe serlo, sobre todo, para los encargados de velar por la Justicia. Si ésta, al cabo de tantos siglos, aún necesita de tales valederos, habrá que pensar la parte de responsabilidad que tiene, frente a la maldad de algunos hombres, la incompetencia de otros y su adoración al ídolo de la razón de Estado.

- IV -

Hay que plantear el problema, como lo hace el autor de este libro, en su nudo central; que no es otro que el error de querer hacer justicia a base de la confesión. Con verdadera alegría leo que "la desconfianza respecto a la confesión es tal en algunos juristas que han llegado a proponer que se le niegue todo valor probatorio a que la instrucción prescindiera de su búsqueda." El legislador clásico actúa bajo la superstición de que sin confesión la condena es arriesgada; pero de esta superstición, como pasa siempre, escapa admitiendo subconscientemente como confesión lo que, moralmente, no puede serlo. De toda las realidades del delito, la menos importante psicológicamente es la que proporciona la confesión. Mucho más difícil, y ya lo es, que el que el hombre valora justamente sus méritos, es el que valore sus culpas. La interpretación del propio pecado está, casi siempre, deformado ya por el instinto de la exculpación, ya por la preocupación autoacusatoria. La misma espontá-

nea y absoluta confesión, que es la única válida, la que se realiza por propia decisión y no a instancias de nadie como la que se hace ante Dios puede contener el factor de artificio inevitable que el hombre pone en todo lo que pasa a través del filtro de su objetividad, exceso de culpa o exceso de disculpa.

Cómo aceptar, entonces, como buena la confesión arrancada por el dolor o la que surge mezclada con fantasías y con fragmentos de todos los léngamos de la subconsciencia, durante la excitación de las drogas? Se contesta a esto que gracias a tales medios se ha sabido muchas veces quiénes eran los cómplices de tal asesino o dónde se escondía el dinero hurtado. Pero todo esto no es justicia verdadera sino una suerte de justicia menor, de minutísima justicia, cuya trascendencia se hipertrofia y ventea para disimular los inevitables fracasos que la justicia mejor intencionada sufre; los cuales, casi siempre, dimanar de la valoración errónea de la confesión.

- V -

Y aún queda por considerar lo más triste del asunto de las drogas de policía que es la colaboración del médico. El médico, que ve la vida desde un punto de vista totalmente distinto del legislador y sobre todo, de los investigadores de la justicia, el juez y el policía, no tiene perdón prestándose a estas maniobras; porque el juez y el policía pueden dar, y de hecho dan, de buena fe al menos en la mayoría de los casos, un valor de exactitud mítica a la ciencia. Ellos no tienen por qué dudar de la importancia de una confesión desatada por un producto químico, que tiene un nombre pomposo, una fórmula de letras cabalísticas y el marchamo de haber sido fabricado en Norteamérica. Ignoran, pues, que esa confesión del Pentotal es, en principio, tan falsa o más que una voluntaria mentira. El cientifismo de nuestro tiempo explica estos errores en quienes no son verdaderos hombres de ciencia; pero no puede disculparlos en el médico, si bien, en la realidad, el médico es casi siempre el primer

adepto y víctima del cientifismo, que podría llamarse también el paletismo de la ciencia.

Los médicos forenses, admirables casi siempre por su moralidad, se eligen, al menos en España, por el método peor, el de las oposiciones, en cuyos ejercicios no figura la prueba de la condición esencial que ha de tener el médico que colabora con la justicia, que es, no un humano, sino un santo escepticismo frente a la ciencia.

- VI -

Arma terrible la de la ciencia, entregada en manos de esos terribles niños, que son, con todas sus posibles virtudes, el juez instructor y el policía! Cómo no van a impresionarse el policía y el juez al utilizar, para descubrir lo que quieren saber, lo que es deber suyo saber, al utilizar, los mismos métodos que emplean esos respetables señores denominados psicoanálisis también emplea el Pentotal para escudriñar la verdad escondida en el espíritu enfermo; pero lo emplea con un sentido diferente que el magistrado, y, desde luego, con menos responsabilidad. El Pentotal, en manos del psicoanalista, no importa que suscite fantasías porque para él la fantasía y la mentira tienen el mismo valor que la verdad; y todo ello sólo conduce a una historia clínica que puede ser entretenida y a que el enfermo nervioso se ponga nervioso de otra manera y sea curado, lo cual es, sin duda, una forma de semicuración. Pero en el fondo de un calabozo el Pentotal puede conducir a errores como el del caso Ceus que se comenta en este libro; y no es el más grave.

Sin más discusión: médicos y jueces, para servir a la sociedad, deben rechazar en principio todas las pretendidas técnicas científicas que aplicadas como dogma, son puro cientifismo. El respeto a la ciencia exige, ante todo no creer más que en la ciencia verdadera y no en lo que la simula; y en este grupo se inscriben en primera línea las confesiones arrancadas es- trujando el alma del reo con drogas, solas o concertadas con otros

medios violentos de catarsis; o empleando el famoso lie detector, la máquina para registrar las mentiras, venida también de Norteamérica, la cual máquina hace pensar con nostalgia en la justicia que debajo de un árbol administraban los pieles rojas.

En el mundo de mañana, nadie lo duda será cada día más importante el papel del médico. Y también el del policía. Hace años que dije, y no me dejaron hueso sano por haberlo dicho, que el Estado futuro se basará en la Policía; pero en una Policía que habrá absorbido al ejército y se habrá infundido del sentido aristocrático de

éste, mejorándola, humanizándola, haciéndola inaccesible a los mitos, el peor de los cuales es el cientifismo.

- VII -

Este libro debe leerse mucho. Es un libro escrito en un sentido humanista, ligeramente declamatorio, que había pasado de moda porque le habían desacreditado los falsos liberales, los jacobinos, los que en el fondo han considerado que el progreso estaba contenido en la monstruosa sentencia de Robespierre, que hoy ha llegado políticamente, para muchos millones de hombres allá hacia el Oriente, a su culminación: "El Go-

bierno de la Revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía." Los hombres capaces de decir esto y de practicarlo son los mismos que, invocando la libertad, han inventado la confesión de las almas viciadas antes por las drogas.

La lucha contra esta herética manifestación de la razón de Estado, con la ciencia a su servicio, debe ser el afán del hombre generoso, liberal verdadero. No importa si para ello hay que volver un tanto a los tiempos antiguos y a la retórica anterior a Robespierre.

G. Marañón

undezato

El pie en la espuma.

*¡Oh tamarindo del verdor primero,
emergido del mar —el pie en la espuma—,
que los brazos levantas en la bruma,
de las islas, testigo prisionero!*

*¿Por qué el destino te tornó en alero
de salino elemento, y pura suma
fuiste de líquen y de errante pluma,
tú, desde la raíz tan verdadero?*

*En corales y perlas, sumergido
tu sueño fué. ¡Oh música marina
que por tu cauce vegetal asciende!*

*¡Oh ciega sangre que el sonido mina!
Bajo la undosa copa te sorprende
el fruto en su hermosura suspendido.*

STELLA SIERRA

El Secuestro de la Estrella de Cine

El Inspector-detective Anthony Slade, del Departamento 2, Scotland Yard, miró gravemente a los hermosos ojos de Sonia Vale. Un profundo pliegue, como una nube sombría sobre el agua clara, se hundía entre ellos.

La voz de aquella a quien llamaban "la mujer más hermosa del mundo" hablaba lentamente al Inspector de Scotland Yard.

"Inspector", dijo, "no hubiera solicitado protección a la policía, si no estuviera segura de que Logan Marsh me hará daño si le es posible".

Slade asistió, pensativo, mientras su mirada vagaba por el hermoso verde del gran jardín que rodeaba la casa, hogar de la famosa estrella durante su estadía en Inglaterra. A la distancia, el sol se hundía en una plateada superficie de agua.

"¿Daño físico, Miss Vale?"

El tono de Slade era más evasivo, aunque conocía la historia. Sonia Vale se había divorciado de Logan Marsh en Reno, y al llegar la estrella a Inglaterra para ser la protagonista de una película de Coronet Films. "La Romántica Miss Carstairs", Marsh la había seguido. En los Estados Unidos había estado insoportable y ahora... "No necesariámete", su tono era controlado, ligeramente áspero. "Estoy filmando con Basil Bruce, inspector, y y..."

Ella se calló, dudando y Slade asintió.

"Creo que comprendo, Miss Vale. Los diarios han insinuado con insistencia que..."

Hizo una pausa que era como una pregunta diplomática.

"Creo que al terminar la película anunciaremos nuestro compromiso, Inspector".

"Comprendo. Ud. teme que, en tretanto, Logan Marsh pueda tomar ventaja de la situación".

"Creo que está bastante loco como para intentar cualquier cosa.

Por
LEONARD GRIBBLE

Me odia y quiere dinero. Tengo miedo. Inspector. Es por ello que he tomado esta casa de campo. Voy y vuelvo todos los días en el coche al estudio. Faltan sólo cinco días para terminar la película, —una semana apenas. Pero tengo miedo de estar poniéndome demasiado nerviosa. Tal vez sea esta expectativa..."

Y también se puso a mirar por la ventana.

"Trataré de no ser un entronetido", prometió Slade. "Mr. Marsh era un notable nadador antes de conocerla Miss Vale, ¿no es así?"

"Es lo único limpio de Logan Marsh, su predilección por el agua. Pero también hay ratas de agua". El sargento Clinton, ayudante y mano derecha de Slade, que había ido con su jefe a la hermosa mansión del Surrey, estaba paseándose entre los canteros de flores cuando Slade se le acercó.

"No está tan mal como yo temía, Clinton", —dijo Slade mientras llevaba su pipa de tabaco. "No tiene nada de la temperamental favorita de su público, y además, tiene ideas en la cabeza".

¿Y que hay de lo que se dice de su belleza? ¿Vale la propaganda que le hacen?"

"Sonia Vale es una mujer muy interesante", contestó Slade.

El ayudante sonrió.

Durante dos días, la vida siguió su curso normal en la residencia de Sonia Vale. Los diarios y revistas continuaron con su campaña de publicidad, pero en el retiro de su casa del Surrey, la actriz volvía ser

ella misma. Se levantaba temprano por la mañana, y se iba a nadar mientras el pasto estaba aún mojado de rocío. Esos baños matinales daban que pensar a Slade.

Al tercer día de su llegada ya hacía más de un cuarto de hora que estaba en el jardín antes de ver la silueta de Sonia Vale en traje de baño, acercándose al lago. Slade se cuidó de que la estrella no lo observara. La vió levantar los brazos, y enseguida su cuerpo flexible se sumergió en la tersa superficie del agua.

Slade continuó observando la cabeza de la actriz, con su roja gorra de baño, encaminándose hacia el río que alimentaba el lago. La otra orilla del río estaba oculta por una cortina de ramas de sauce. Slade observaba pensativo.

La gorra roja que cubría los dorados rizos de la actriz estaba a mitad de camino del claro en el cerco que marcaba la línea del río, cuando Slade vió otra silueta en el agua. Otros brazos desnudos se levantaban y descendían como paletas de un barco a rueda. La segunda silueta se dirigió enseguida hacia la primera. La gorrita roja se lanzaba hacia uno y otro lado, pero no consiguió alejarse. Aquellos brazos que azotaban el agua seguían adelante sin que nada los desviara de su propósito. Alcanzaron a la gorra roja. El hombre de Scotland Yard oyó un débil grito. Durante un largo momento la gorra desapareció debajo del agua, pero volvió a la superficie. Slade suspiró con alivio.

La gorra roja iba al lado de la otra silueta. Juntos pasaron por la abertura del seto que limitaba el enorme jardín, para dirigirse hacia el río. Allí zambulló frenéticamente, y ya no se vió más.

Aún pensativo, Slade se volvió a la casa.

La cosa estaba ahora en manos de Clinton.

Este era el mismo pensamiento que embargaba al ayudante, mien-

tras estaba escondido. Ahora veía que el dueño de la gorrita roja iba prisionero.

Cuando los dos nadadores salieron del río, el raptor tenía un brazo fuertemente caído al peso del cautivo. Clinton reconoció los difundidos rostros de Sonia Vale y Logan Marsh.

"Y esto es lo que la gente paga por ver", murmuró mientras se levantaba sacudiéndose de la ropa trozos de hojas secas y de barro. Oculto siempre detrás de la cortina de los sauces, vió como los otros llegaban al camino. De un coche estacionado salió un hombre con dos sobre todos al brazo, y arrojó uno de ellos sobre los hombros de la muchacha. Logan Marsh se puso el otro. Y ambos entraron al coche, no sin que la muchacha realizara un inútil esfuerzo para recobrar la libertad. El coche arrancó.

Clinton se rascó el mentón.

"Vamos", murmuró.

Sacando una motocicleta debajo de una funda de tela encerada verde, puso el motor en marcha y se lanzó a la persecución de los otros. La máquina estaba dotada de un eficaz silenciador.

Mientras Clinto, seguía con toda atención el recorrido de los secuestradores, Anthony Slade estaba sentado a la mesa de desayuno de Chilton Dean, con la mirada fija en su panceta y ahumada y en las crocantes tostadas. No pensaba en el desayuno, y conía mecánicamente. Levantó la cabeza al entrar el mucamo, anunciando un llamado telefónico para Miss Vale.

"Yo atenderé", dijo Slade, saltando de la silla.

El que llamaba era Basil Bruce, y en su voz había un acento de ansiedad.

Slade le contestó con toda cortesía, y al colgar el receptor aún estaba sonriendo. Volvió a su desayuno, terminándolo con mucho mejor apetito.

"Mientras Clinto no los pierda de vista, la cosa marcha", pensó.

Pero era difícil engañar y mucho más aún eludir a un hombre como Clinto. Durante la mayor parte de las sesenta millas que recorrieron estuvo el coche a la vista, sin que sus ocupantes se dieran cuenta de que eran seguidos. Ni Logan Marsh, exaltado por el éxito del golpe, pensó en una posible persecución. Hablaba a la mujer

que había sido su esposa con un tono de burlona caballería, haciendo mofa de los votos por ella formulados una vez.

"Siempre eres arrebatadora, querida. Espero que esta escena de caballería errante haya afectado tu sentido de lo dramático".

Sonia no contestó, acurrucada bajo el sobretodo que la cubría. Pero comprenderás que disponía de poco tiempo", continuó Marsh, "y las necesidades apremian cuando Su Infinita Majestad el Tiempo marca el compás". Entrecerró los ojos, y junto a su boca se marcó un pliegue siniestro. "O cuando está por aparecer en escena Basil Bruce".

La mujer levantó la cabeza bruscamente.

"¿Qué es esto?" dijo. "Una trampa, ya lo sé. ¿Pero en que consiste, hasta dónde llega tu bajeza?"

"Deja de lado ese tonito de desprecio. Está demás". Se inclinó hacia ella. "Te quedan cuatro días para terminar tu contrato en Inglaterra, Sonia. Si dejas de terminar la película en estos cuatro días por haber encontrado irresistible a tu ex-marido, ¿qué pasará? ¿No quedará seriamente afectada tu reputación por ello? Y el encantador Basil, con esa sonrisa de muchacho, querida, te imaginas ¿qué pensará?"

Ella respiró profundamente.

"¿Qué es lo que quieres decir, Logan?"

El sonrió. Tenía una belleza sardónica y sombría; demasiadas mujeres se lo habían dicho.

"Mucho mejor", murmuró, "estás tomando interés en el asunto. Sonia, te llevo a un lugar que he descubierto en el corazón de Sussex, donde nadie soñaría en buscarte. Me pagas lo que quiero, o te quedas allí".

"¿De modo que crees poder hacer negocio?"

"Estoy seguro, querida".

Y rió con tono burlón.

"Si rompes tu contrato por lo que parecería un capricho, diremos, tu nombre sería barro. Y con este nuevo método de intercambio de estrellas entre Inglaterra y Hollywood, podría afectarte demasiado. Por supuesto que tienes mucho dinero. ¿Quién mejor que yo, que he estado gastándolo con tanto placer, lo sabría? Pero piensa en la devoción de Basil. ¿No se debili-

taría si la estrella de su firmamento palideciera?"

Ella no contestó, y Logan Marsh, que conocía a fondo los procesos mentales femeninos, comprendió que era preferible callar. Sabía que el fermento arrojado estaba haciendo efecto.

"Aquí está nuestro nido, querida", dijo al llegar a una casa de campo perdida entre plátanos. "Entremos para atrás", dijo al hombre que manejaba.

El coche salió del camino, y tres minutos más tarde, una silenciosa motocicleta pasó frente a la casa y se dirigió hacia el pueblo más cercano. Clinton se llegó hasta el primer teléfono.

Sonia fué conducida al dormitorio. Logan Marsh se quedó en la puerta, fumando su cigarrillo mientras observaba sonriendo unas ropas que había sobre la cama.

"Me molestaría que Basil creyera que estabas conmigo sin las ropas adecuadas", dijo contestando a la muda pregunta de los ojos de Sonia.

Ella se estremeció.

"¿Qué quieres decir? ¿Qué significa esa sonrisa burlona?"

"Ah, esa técnica de heroína... Bien, puedo soportarla por cincuenta mil libras".

"Cincuenta mil libras", repitió ella como un eco.

"Tu oído sigue siendo bueno, Sonia. Esa es la suma que mencioné. Y es mejor que te decidas enseguida. En realidad, tienen que decidirse en menos de una hora, a menos que prefieras que Basil..."

"¿Porqué hablas de Basil?", murmuró ella.

"¿No estás enamorada de él?"

"Te pregunto por qué hablas de él".

La expresión de burla se borró del rostro del hombre.

"Porque dentro de una hora estará aquí. Es decir, siempre que sea puntual y eso tú lo sabrás mejor que yo. Y...", dijo como dudando, "siempre que siga estando enamorado de tí".

Ella echó el cuerpo atrás.

"Bestia", contestó.

El hombre sacudió la cabeza. Hacía mucho que era invulnerable a los insultos.

"Nada más que un hombre de mundo, mi querida ex-mujercita. Cincuenta mil libras, y eres libre de irte con Basil con mi bendición,

y algo más valioso aún, mi afirmación de que tú y yo ni hemos hecho otra cosa que arreglar amistosamente un viejo asunto pendiente. Pero si te pones difícil sobre esos pesos, encanto, muy distinta será la escenita que prepararé en honor de Basil. Me atrevo a afirmar que saldría mal impresionado, y que lo que contara en Coronel Films sería pronto la comidilla de todo el mundo".

Sonia Vale se había cubierto los labios con una mano que temblaba.

"Imposible", contestó. Jamás podrías forzarme a tomar parte en esa comedia".

"Ni lo intentaría, querida". Y sonrió, viendo el temblor del miedo en los ojos de la mujer. "¿Ves?"

De su bolsillo sacó una jeringa hipodérmica y al verla, ella se encogió.

"Es mejor que te vistas, y que te arregles la cara, querida, mientras yo me ocupo del importante asunto del desayuno. Hasta las actrices trabajan más "razonablemente", dijo acentuando la palabra, "cuando tienen el estómago lleno. Y, a menos que me traicione la memoria, siempre has tenido un envidiable apetito. Te recuerdas de aquella noche en el San Pedro Bar..."

"¡Fuera de aquí!"

Ella se precipitó hacia la puerta. El hombre se encogió de hombros, se deslizó afuera de la habitación y cerró la puerta con llave. Bajó las escaleras pensativo. Si, —penso— tenía suficientes razones para estar satisfecho. Había hecho bien sus planes.

Una vez listo el desayuno, Marsh lo preparó en una bandeja y lo llevó a la habitación de Sonia. Su rostro no cambió de expresión al ver que ésta estaba vestida.

"Hice copiar la ropa de una revista de cine que traía un suplemento sobre Sonia Vale", dijo al pasar. "¿Tienes inconveniente en que me quede a fumar un cigarrillo?"

"¿Acaso puedo elegir?"

"En realidad, no; con todo, me gusta hacer las cosas con un poco de delicadeza. ¡Resultan más satisfactorias!" "Y a propósito de esas cincuenta mil libras, Sonia, ¿te has decidido?"

"Sí".

"Me alegro".

"Estás seguro?"

Sonia hablaba con voz tranquila, bien controlada. El se arrancó violentamente el cigarrillo de los labios.

"¿Qué quieres decir?"

"Que no tendrás el dinero, Logan. Nada más".

Sus miradas se cruzaron. Ella mordió un pedazo de pan sonriendo. "Había algo que no sabías, Logan, y es que cuando llegue a los EE. UU. tendré mi compañía propia. Me harán demasiada falta esas cincuenta mil libras.

El rió, pero su voz no estaba controlada como la de Sonia.

"¿Entonces crees que te engañaba cuando dije que Basil vendría aquí?"

"Estoy segura de ello".

El se encogió de hombros. "Pues es tu funeral", respondió.

Ella levantó la taza. "El prisionero tomó un succulento desayuno. ¿Eso es lo que soy, no? Un prisionero".

La sonrisa del hombre se convirtió en un gesto ceñudo. Miró a su reloj. "¡Por Dios, Sonia, ten sentido común! Basil Bruce tiene que venir de un momento a otro. Es cierto. ¡Es la pura verdad!"

"¡Lo creeré cuando lo vea!"

El dió un paso atrás. "Quiero decir que permitirás que crea que..."

"Tu cuento no es bueno esta vez, Logan. Deberías tratar de mejorar tus métodos, están viejos, rancios".

El hombre abrió la boca para contestar, pero la cerró al oír el motor de un auto que se acercaba. Las miradas se encontraron y chocaron con fuerza. La actriz, sintiendo que se aceleraban los latidos de su corazón, se acercó a la ventana. Logan estaba detrás de ella.

"¿Y?"

Lo dijo silbándole al oído. Ella quedó rígida al llegar y detenerse el auto. Conocía demasiado las líneas del rojo coche abierto. También conocía demasiado bien el sombrero y el saco del hombre que bajó del auto.

"¡Basil!" murmuró.

Al decirlo, Logan Marsh la tomó en sus brazos.

"Aún tiene tiempo de firmar ese cheque si quieres evitar que te encuentre en mis brazos". Buscó la jeringa en su bolsillo. "¿Y bien?" repitió.

"No tengo mi libreta de cheques".

"El dió un suspiro de alivio. Logan Marsh sabía cuando capitulaba una mujer. Tomó lapicera y una libreta de cheques de su bolsillo.

"Está bien, querida, no importa. Tomó la precaución de tener una libreta de tu banco".

Ella se sentó a la mesa, y él le puso delante la libreta y la lapicera. Sonia destapó la lapicera y la probó para ver si escribía. Enseguida abrió la libreta de cheques. Y al apoyar la pluma que temblaba en sus manos sobre el trozo de papel azul, se oyó un ruido, como el de un pesado cuerpo al caer al suelo.

Marsh se dirigió a la puerta.

"¿Qué diablos es eso...?"

Al llegar a la puerta, ésta se abrió con violencia. En el umbral estaba un hombre con el saco y el sombrero conocidos.

"Basil, te juro que no vine por..."

Sonia se desplomó en la silla, al ver al hombre que estaba en la puerta. No era Basil Bruce.

"Está muy bien, Miss Vale", dijo Anthony Slade. Miró a Marsh, luego la libreta de cheques y la lapicera. "Espero que no haya firmado aún. ¿No?"

"No, inspector... Yo..."

"Dígame", estalló Logan Marsh. "¿Qué demonios quiere decir esto de entrar de esta manera..."

"Hubiera preferido entrar pacíficamente", respondió Slade, sonriendo, "pero uno de sus fuertes amigos no estaba de acuerdo. Por un rato, ahora ya no ha de tener opinión alguna".

Dió un paso al costado, para dar lugar a que Marsh viera, tumbada en el suelo, la silueta de un hombre. Marsh cerró el puño, pero Slade le asió la muñeca.

"Cuidado", le dijo. "El secuestro se paga con una larga prisión en este país, y si es con violencia, mucho más larga aún".

El otro dejó caer la mano.

"Pero, inspector", dijo la mujer perpleja, "qué significa, cómo es posible..."

Pero sus palabras fueron interrumpidas, esta vez por el grito de una mujer. Un minuto más tarde entró Clinton, arrastrando a una mujer que se resistía. Estaba pin-

tarrajada y usaba los cabellos teñidos.

"Miré a quién encontré", dijo Slade. "Molly Joyce. De manera que así es como se entretiene mientras el marido cumple tres años a la sombra. A Molly le gusta el lujo". La mirada apreciativa de Clinton se posó sobre March. "Esperaremos que haya elegido a alguno que le pague las cuentas. Jim Joyce se enfurecerá cuando lo sepa.

La mujer dejó de luchar, y se volvió hacia Slade.

"Ud. no dejará que Jim se entere, ¿no es cierto, Inspector? Lo único que yo quería era divertirme un poco, es verdad. Jim me matará si lo sabe". Miró a Sonia y a Marsh. "Y eso me dijo que sería como una luna de miel, el sin vergüenza! ¡Con otra mujer en la casa! Si tuviera las manos libres le..."

"Llévatela afuera, Clinton. Luego la interrogaremos".

La mujer volvió a luchar para desasirse, cuando vio que el sargento se disponía a cumplir las instrucciones. Slade entornó la puerta y se volvió hacia los dos que estaban en la habitación.

"Todo esto está haciéndose por demás claro, pero más tarde necesitaremos declaraciones", explicó. "Si quiere bajar, Miss Vale, encontrará al señor Bruce en el coche. Creo que está impacientándose".

"¿Entonces era cierto que venía!"

"Por cierto. Pero tomó la precaución de llamarla por teléfono antes, y ello me dio la idea. Oh, a propósito, ¿le molestaría llevarle su saco y su sombrero y mandarme los míos? Gracias".

Slade se quitó el saco y el sombrero que llevaba y se los dio a la mujer, que salió de la habitación.

Marsh se dio vuelta.

"¡No puede probar nada!" gritó.

"Eso es lo que Ud. cree", le

contestó Slade despreocupadamente. "¿Se ha olvidado de Molly?"

"¿Qué hay con ella?"

"El marido está cumpliendo tres años por asalto, y es muy celoso. Molly no va a querer que se entere del fascinador extranjero que la tuvo consigo. Quiere que Jim Joyce crea que trabaja a domicilio para mantenerse. Bueno, tal vez dejemos que así lo crea, si ella no nos molesta. Y no lo hará. Molly sabe que Jim tiene la mano pesada".

"Entonces Ud. quiere decir que..."

"Quiero decir, Logan Marsh, que usted mismo se ha cavado la tumba. Creía tener una baraja del triunfo, y es que en este país, el divorcio en Reno no se toma en cuenta. ¿Pero qué me dice del cuento de Molly? ¿Qué efecto cree usted que puede tener en el tribunal?"

Logan Marsh dejó caer la cabeza.

"Exactamente", dijo Slade. "Y ahora, vamos yendo".

NARANJOS

POR RAFAEL HELIODORO VALLE

Aquel patio... aquellos naranjos... Mi infancia trascendía al perfume que daba la casona. Primavera, domingo, fragancia distante. Y la abuela se levantaba a mañanita a verlo florecer en aquel aire que era azul a fuerza de inocencia. En las tapias ya estaban retozando los pajarracos. Teníamos una vecina encantadora, que temblaba de frío en el oro del sol la señora Pío, que hacía pan sabroso y rezaba trisagios cuando en las noches relampagueaba horriblemente. Entre las dos casas había una barda de madre selvas, y en los dos patios se movían, llenos de sol, los naranjos de esmeralda y azahar.

Al mediodía, yo me quedaba bobo viendo caer el azahar. El sol se sa-

ciaba de besar el húmedo azul de las montañas; las mujeres iban y venían, lavando y cantando, mientras la señora Marcelina daba de comer a los gatos en un cuarto oscuro y yo sentía en mi pecho el frescor deshojado de la rosa de los vientos. Para mí la de aquellas naranjas, en la luz de aquel patio. Cuando empecé a estudiar geografía, yo las acariciaba con el dedo, y poco a poco fui comprendiendo la redondez de la tierra. Oro afuera y ambrosía dentro; ¡qué lección me daban sus frutos, y cómo se les acentraba el dulzor y el matiz cuando, con devoción tradicional, la tía vieja las ponía alineadas al borde de la ventana para que se santificara el aposento!

Después supe la leyenda de la coronja en que se había encerrado un hada y la travesura del enano negro que se la comió. Después me hablaron de aquel monje pintor que vino desde un país distante sólo para ver el color dorado que tenían en el gajo y que se desesperaba buscando un oro nuevo para los caireles de los ángeles.

Y el día se me iba de las manos como un cometa azul y yo la veía perderse entre las nubes. Se me iba, cantando, hacia la distancia en que abrían y corraban sus ojos unos opálos que sólo había visto en las pozas del río y en los ojos de mi madrina Carmen. Mi infancia eso fue: un patio con fragancia de azahares.

La Paradoja de Gandhi

Quienes no conocen personalmente a Gandhi y sólo han leído sus escritos, están dispuestos a pensar en un tipo de hombre sacerdotal, extremadamente puritano, de largo rostro, calvinista y de ánimo sombrío, algo semejante a los "sacerdotes de negras túnicas que recorren taciturnos su celda". Pero sus escritos no le hacen justicia. El es mucho más grande que cuanto escribe y no resulta muy honesto citarle para criticarle. En realidad, es lo más opuesto de un tipo sacerdotal calvinista. Tiene una sonrisa sumamente agradable, su risa es contagiosa y su persona irradia bondad. Hay algo infantil en él que le llena de encanto. Cuando entra a una habitación, trae consigo una fresca brisa que aligera la atmósfera.

Es una paradoja extraordinaria. Supongo que todo hombre singular tiene algo de paradójico. Durante años he luchado con este rompecabezas: ¿Por qué, a pesar de todo su amor a los desvalidos y su solicitud a los humildes, presta aun su apoyo a un sistema que inevitablemente los crea y los destruye? ¿Por qué, no obstante toda su pasión por la no violencia, está en favor de una estructura política y social que se basa totalmente en la violencia y la coerción? Quizá no es correcto decir que está en favor de tal sistema.

* De su obra autobiográfica "Hacia la Libertad", inédita en español.

1 El presente artículo fué escrito por Nehru, actual presidente de la India a fines de 1934, cuando por segunda vez la campaña de la desobediencia civil había sido suspendida por el Mahatma.

POR
JAWAHARLAL NEHRU

El es más o menos un anarquista filosófico. Pero como el estado anarquista ideal se halla demasiado lejos y no se le puede alcanzar fácilmente, acepta el presente orden. Creo que no es una cuestión de medios la que él objeta, en efecto, para usar la violencia en la provocación de un cambio. Muy aparte de los métodos por adonarse para cambiar el orden existente, se puede prever un objetivo ideal, algo que es posible lograr en un futuro no distante.

Algunas veces se dice socialista, pero utiliza el nombre con un sentido peculiar para él mismo, que poco o nada tiene que ver con el esquema económico de la sociedad que habitualmente se conoce con esa palabra. Siguiendo su dirección, cierto número de prominentes miembros del Congreso han tomado la costumbre de utilizarla, con la que significan una especie de impreciso humanitarismo. Sé que Gandhi no es un ignorante del asunto, pues ha leído muchas obras de economía y socialismo y aún sobre el marxismo, y ha discutido el tema con otras personas. Pero cada vez estoy más convencido de que en cuestiones

vitales la inteligencia por sí sola no lleva lejos.

Gandhi sufrió una tremenda conversión durante sus primeros días en Sudafrica, sacudiéndole profundamente y alterando la totalidad de su visión de la vida. Desde entonces ha tenido un fundamento fijo para todas sus ideas y apenas pudiera decirse que su mente está abierta. Escucha con la más grande paciencia y atención a la gente que le hace nuevas sugerencias, pero detrás de todo su interés y cortesía se tiene la impresión de estarle hablando a una puerta cerrada. Está tan firmemente anclado a ciertas ideas que cualquier otra cosa le parece sin importancia. Insistir en asuntos distintos y secundarios sería una distracción y una deformación del esquema mayor, en tanto que aferrarse a esa ancla conduce necesariamente a un ajuste adecuado de todas las demás cuestiones. Y si los medios son buenos, el fin deberá ser bueno.

Este es, me parece, el principal respaldo de su pensamiento. Desconfía también del socialismo y, más particularmente, del marxismo, debido a su asociación con la violencia. Las mismas palabras "lucha de clases" crean una atmósfera de conflicto y de violencia, con lo que se le hacen repugnantes. Tampoco tiene deseos de elevar los niveles de vida de las masas más allá de una competencia muy modesta, porque los niveles superiores de vida y el ocio pueden conducir a la auto-indulgencia y al pecado. Es ya bastante malo que el puñado de los que bien viven sea auto-indulgente; sería mucho peor si aumentara su número.

Este punto de vista está tan lejos del punto de vista socialista o de las preocupaciones capitalistas, como se pudiera imaginar. Que se diga que la ciencia y la técnica industrial de hoy pueden probadamente alimentar, vestir y alojar a todos, elevando mucho sus niveles de vida, si no se opusieran los intereses comprometidos, no le preocupa mucho, ya que no está fundamentalmente interesado en esos resultados, más allá de cierto límite. De aquí que la promesa del socialismo no ejerce en él

atracción y el capitalismo es tolerable sólo en parte, porque circunscribe el mal. Pero ambos le desagravan, aunque actúa con el último por ahora, considerándolo un mal menor y como algo que existe y que no puede ignorar.

-i-

Quizás pueda estar equivocado achacándole estas ideas, pero tengo la sensación que él tiende a pensar de esta manera y las paradojas y confusiones de sus declaraciones, que nos desconciertan, se deben en realidad a las premisas enteramente diferentes de las cuales parte. El no quiere que el pueblo convierta en ideal la demanda de una comodidad y una holgura siempre crecientes, sino que piensen en la vida moral, abandonando sus malos hábitos y que cada vez sean menos indulgentes para sí mismos, desarrollándose, así, individual y espiritualmente. Y quienes desean servir a las masas no tienen tanto que elevarlas materialmente, como el deber de descender ellos mismos al nivel de las masas, mezclándoseles en igualdad de términos. Al hacer esto, inevitablemente las ayudarán a elevarse algo. Tal cosa, de acuerdo a Gandhi, es verdadera democracia. "Muchos han desesperado de tener que resistirme — escribió en una declaración que hizo pública el 17 de septiembre de 1934—. Esta es una revelación que me humilla, a mí que soy democrata de nacimiento. Reclamo ese título para mí, si es que la identificación completa con la humanidad más pobre, ansioso de vivir como aquella, y con un esfuerzo consciente para alcanzar ese nivel con toda mi capacidad, puede autorizarme".

Gandhi siempre está poniendo énfasis en la idea del fideicomiso del príncipe feudal, del gran terrateniente, del capitalista. En esto sigue a una larga sucesión de autoridades eclesiásticas. El Papa ha declarado que "los ricos deben considerarse los siervos del Señor, así como los guardianes y distribuidores de su riqueza; a quienes Jesucristo mismo les confió el destino de los pobres". El hinduismo popular y el islamismo repiten esta idea y siempre están pidiéndole al rico que sea caritati-

vo. Los ricos responden construyendo templos o mezquitas o dharashalas o dando, sin perder su abundancia, monedas de cobre o de plata a los pobres. En consecuencia, se sienten muy virtuosos.

Esta actitud religiosa está ligada al mundo del pasado remoto, cuando la única escapatoria posible de la miseria del presente estaba en la esperanza de un mundo por venir. Pero, aunque cambiaron las condiciones y el nivel humano de prosperidad material se elevó más allá de los sueños más audaces del pretérito, las huellas de aquel pasado continuaron, puesto ahora su vigor en ciertos valores espirituales vagos, inmensurables.

Gandhi quiere mejorar al individuo por dentro, moral y espiritualmente y, a consecuencia de ello, cambiar el medio exterior. Quiere que el pueblo abandone sus malos hábitos, su auto-indulgencia y se haga puro. Insiste en la abstinencia sexual, en el abandono de la bebida, del cigarrillo, etc. Pueden variar las opiniones acerca de la relativa malignidad de estas indulgencias, pero ¿puede haber alguna duda en que, aún desde el punto de vista individual y mucho más desde el social, estas concesiones personales son menos dañinas que la saciedad, la ruindad, el afán de lucro, los feroces conflictos entre individuos por obtener ganancias personales, la ferocidad de las luchas de grupos y clases, la inhumana supresión y explotación de un gran grupo por otro, las terribles guerras entre las naciones?

Naturalmente, Gandhi detesta toda esta violencia y estos conflictos degradantes. ¿Pero, no son acaso inherentes a la sociedad adquisitiva de hoy día, con su ley de que el fuerte debe mandar sobre el débil y con su lema tan antiguo de que "debe tomarse lo que puede y conservarse lo que está en las manos"? El motivo de provecho conduce hoy, inevitablemente, al conflicto. Todo el sistema protege y entrega el campo a los instintos predatorios del hombre; sin duda estimula también otros instintos más nobles, pero en mayor medida estimula a los más bajos. El éxito significa derribar a

los otros y encaramarse a los puestos de los vencidos. Si estos motivos de ambiciones son fomentados por la sociedad y atraen a la mejor gente, ¿puede pensar Gandhi que habrá de lograr su ideal de hombre moral en este medio? El Mahatma quiere desarrollar el espíritu de servicio. Tendrá éxito en el caso de algunas personas pero, mientras la sociedad tenga como ejemplos a los victoriosos de un mundo adquisitivo y como principal urgencia el motivo del provecho personal, la inmensa mayoría del pueblo seguirá este camino, sin realizar el ideal de Gandhi.

Y, sin embargo, desde que Gandhi apareció en el escenario político de la India no se ha eclipsado su popularidad ante las masas. Por el contrario, su popularidad ha seguido en aumento progresivo y seguirá todavía. Las masas no pueden cumplir los deseos de Gandhi porque la naturaleza humana es débil, pero sus corazones están plotóricos de buena voluntad. Cuando las condiciones objetivas son favorables, estos sentimientos se levantan en las grandes masas; en el caso contrario, descansan. Un dirigente no crea de la nada un movimiento de masas, como por arte de magia. Puede usar ventajosamente las condiciones que se le ofrecen; puede aún prepararlas, pero no las crea.

Hay una pleamar y una bajamar en la popularidad de Gandhi entre los intelectuales. En los momentos que avanza el entusiasmo, aquellos le siguen; cuando llega la reacción inevitable, adoptan una postura crítica. Pero, aún así, la gran mayoría de los intelectuales le rinden pleitesía. En parte se debe a la ausencia de otro programa eficaz. Los liberales y otros grupos que se le asemejan no cuentan en las decisiones; aquellos que creen en la violencia y en el terror están por completo fuera de escena en el mundo moderno y se les considera ineficientes y anticuados. El programa socialista es poco conocido aún y asusta a los miembros del Congreso que pertenecen a las clases superiores.

-i-

Después de un breve paréntesis político, a mediados de 1924, se

reanudaron y se hicieron aún más cordiales las antiguas relaciones entre mi padre y Gandhi. No obstante las profundas diferencias que entre ellos había, tenían uno para otro la más cálida estimación y respeto. ¿Cuál era la razón de este respeto mutuo? Mi padre dió un indicio de su modo de ver esta relación en un breve prólogo que dedicó al folleto *Corrientes Mentales*, formado con una selección de los escritos de Gandhi:

"He oído hablar —escribió en el prólogo— de santos y super-hombres, pero nunca había tenido el placer de encontrarlos, y debo confesar que pensaba con escepticismo acerca de su existencia real. Creo en los hombres y en las cosas humanas. Las *Corrientes Mentales*, que se preservan en este volumen, emanan de un hombre y son cosas humanas. Son ilustrativas de dos grandes atributos de la humana naturaleza; la fe y la fortaleza... ¿A dónde nos conduce esto? pregunta el hombre sin fe y sin fortaleza. La respuesta 'a la victoria o la muerte' nada le dice... entre tanto, la pálida y magra figura se mantiene erguida, a pie firme en su fe inconmo-

vible y en su fortaleza inconquistable; continúa enviando a sus compatriotas un mensaje de sacrificio y de sufrimiento por la madre tierra. Y su mensaje hace eco en millones de corazones..."

Evidentemente, mi padre hacía énfasis en que no admiraba en Gandhi al santo o el *Hatma*, sino al hombre. Siendo él mismo fuerte e indomable, admiraba la fortaleza de espíritu de Gandhi. Porque es evidente que este hombrecito de pobre apariencia tenía una textura de acero, algo como una roca que no se rinde a los poderes físicos, por grandes que sean. Y, a despecho de su apariencia humildísima, su sencillo manto de algodón y la desnudez de su cuerpo, había en él realce y don de mando que concitaban la espontánea obediencia de todos. Consciente y deliberadamente insignificante y oscuro, estaba plático de poder y lo sabía, en oportunidades bastante imperiosas para dictar órdenes que tenían que obedecerse.

Su mirada profunda y tranquila sostenía la mirada de los demás y con toda suavidad calaba en lo hondo. Su voz, límpida y clara, se

abría paso como una cascada en el corazón de sus oyentes, evocando una respuesta emotiva. Ya fuese su audiencia una persona o miles de personas, el encanto y el magnetismo del hombre la inundaba y cada uno vivía en comunión con el orador. Este proceso de "sortilegio" no era provocado por la oratoria o por el hipnotismo de frases elaboradas. Su lenguaje era siempre sencillo y preciso; pocas veces había una palabra que usara sin necesidad.

Era la profunda sinceridad del hombre y su personalidad la que enlazaban, dando la impresión de una tremenda reserva de poderío interior. Quizás también era una especie de tradición que le había crecido y que ayudaba a crear esta atmósfera propicia. Un extranjero que ignorase esta tradición y que no armonizara con el ambiente, es probable que no hubiera sido tocado por el encanto de su oración o, en cualquier caso, que no la hubiese sentido con la misma intensidad. Empero, uno de los más notables atributos de Gandhi era su capacidad para conquistar o, por lo menos, desarmar a sus opositores.

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Para el mejor servicio en el país cuenta con Agencias en

AGUADULCE

ALMIRANTE

BOCAS DEL TORO

COLON

CONCEPCION

CHITRE

DAVID

LAS TABLAS

OCU

PENONOME

SANTIAGO

PTO. ARMUELLES

DIRECCION: Avenida Central 107

Telegráfica Banconal
Central Privada: 2-0920

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE

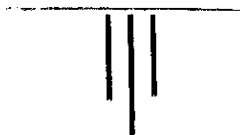
DEL 27 DE ABRIL DE 1952 AL 26

ABRIL DE 1953

FECHA:		SORTEO:		PRIMERO	SEGUNDO:	TERCERO:
ABRIL	6	-----	1726	9766	8457	5544
"	13	-----	1727	2867	4820	1610
"	20	-----	1728	3974	3350	7307
"	27	-----	1729	1018	8071	2556
MAYO	4	-----	1730	3438	8898	8078
"	12	-----	1731	8518	4955	1993
"	19	-----	1732	8380	1029	4048
"	25	-----	1733	5210	9236	1111
JUNIO	19	-----	1734	8986	4596	1186
"	8	-----	1735	4558	6421	7535
"	15	-----	1736	6184	4180	0469
"	22	-----	1737	4556	7305	1524
"	29	-----	1738	7989	9800	0773
JULIO	6	-----	1739	9615	1206	7253
"	13	-----	1740	1008	0821	1421
"	20	-----	1741	6314	6037	2316
"	27	-----	1742	6149	7370	9659
AGOSTO	3	-----	1743	3552	0726	0263
"	17	-----	1745	4364	5938	3734
"	24	-----	1746	6474	6783	6096
"	31	-----	1747	3803	3959	2073
SEPTIEMBRE	7	-----	1748	0751	7200	2999
"	14	-----	1749	0979	3976	4257
"	21	-----	1750	7312	8220	5088
"	28	-----	1751	7707	9917	4406
OCTUBRE	5	-----	1752	5784	0688	7024
"	12	-----	1753	8422	1019	9391
"	19	-----	1754	5970	9206	7859
"	26	-----	1755	7195	4999	8518
NOVIEMBRE	2	-----	1756	4474	1896	3017
"	9	-----	1757	9392	5974	0806
"	16	-----	1758	9080	1105	9036
"	23	-----	1759	4942	1732	4572
"	30	-----	1760	2192	9992	7423
DICIEMBRE	7	-----	1761	6392	9812	4913
"	14	-----	1762	8524	6109	8040
"	21	-----	1763	4628	8886	2479
"	28	-----	1764	7335	2918	8883
ENERO, 1953	4	-----	1765	1773	7699	0684
"	11	-----	1766	7247	5949	4029
"	18	-----	1767	3410	9550	8883
"	25	-----	1768	0272	9470	3321
FEBRERO	19	-----	1769	3988	0436	3321
"	8	-----	1770	9831	0888	9751
"	15	-----	1771	8643	8063	4700
"	22	-----	1772	5706	0184	7760
MARZO	19	-----	1773	6722	9681	5594
"	8	-----	1774	6148	4085	1771
"	15	-----	1775	8674	0973	4187
"	22	-----	1776	0473	8606	6632
"	29	-----	1777	0115	5764	4187
ABRIL	5	-----	1778	9483	1731	3588
"	12	-----	1779	6346	4186	1608
"	19	-----	1780	9843	4079	6257
"	26	-----	1781	5578	9772	8701

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



- LITOGRAFIA
- FOTOGRAFADO
- RELIEVE
- ENCUADERNACION
- PAPELERIA

 **EL MEJOR EQUIPO** 

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. de P.

Teléfono: 2-0900

Apartado: 159

Número 8

— Calle Demetrio H. Brid —

Número 8

Sin tiempo ni memoria.

*¿Por qué morada de serena fuente
transitan tus raíces sin memoria,
oh tamarindo fantasmal? ¿Qué hisoria
alumbran las cenizas de tu frente?*

*¿Naciste erguido, paralelamente
a la linde de espuma transitoria?
Verde guardián de anunciación... La gloria
tuviste de vivir sin accidente?*

*Del alba por la estela de su sueño,
fué el tamarindo sosegado dueño
de las olas tempranas, sin sentido.*

*Fuego de mar navega por sus venas.
Pararrayo de nubes y de arenas,
permanece en el Tiempo, indefinido.*



Un cántico celeste.

*¡Oh cielo que en tu copa se desata
y peina canas de inmortal reflejo,
hundido hasta tu sangre, en el añejo
fuego celsete que tus huesos ata!*

*Tu cántico sereno, catarata
es de las hojas que, en su fiel bosquejo,
irrumpen al espacio cual festejo
de una estrella flamígera de plata.*

*Breve y eterna, matinal figura
en que las ramas, por nacer floridas,
tienen cautivo al cielo del follaje.*

*Mano de Dios alumbra tu hermosura.
Tu corazón — ¡oh cántico sin bridas!—
feliz navega en puro vasallaje.*

STELLA SIERRA

